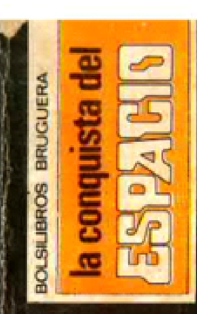


HAREN DE TERRICOLAS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



HAREN DE TERRICOLAS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



RALPH BARBY

HARÉN DE TERRÍCOLAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 302



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 12.608 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, seràsimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

Las manos le temblaban. Todo su cuerpo estaba frio y se estremecía a intervalos. Sheider se sentía en crisis; sabía que no podría aguantar mucho si no tomaba algo de alcaseltz, aquella maldita droga que había terminado por crear hábito de dependencia en él.

En el Gobierno de la Confederación Solar, con parlamento en el planeta Tierra, se había discutido mucho sobre aquel punto. Hacía ya dos siglos que se había desechado toda droga conocida, incluyendo el alcohol en sus diversas formas y el tabaco. Habían proliferado sucedáneos; sin embargo, el pueblo e incluso los ejecutivos habían llegado a notar la falta de algún estimulante ligero y había aparecido el alcaseltz.

Al cabo de un lustro se había comprobado que era más nocivo que positivo y había sido prohibida su fabricación y venta. Se habían elaborado otros sucedáneos enteramente inertes; no eran buenos pero tampoco dañinos y conseguían aquietar un exceso de nervios.

Los sucedáneos se podían servir en forma de bebida o cigarrillos, ya que el ser humano no había podido desligarse de su genético deseo de chupar algo, desde una mama a un cigarrillo, pasando por un dedo o un caramelo.

Sheider entró en el Star-Club, cubierto por la gigantesca bóveda de cristal a través de la cual se divisaba un cielo plagado de estrellas, miríadas de soles que semejaban vigilarles.

Pese a que no avanzaba siguiendo una perfecta línearecta, a que su cuerpo no caminaba totalmente erguido ni tenía seguridad alguna, Sheider se movió sin tropezar por entre la penumbra de aquel club nocturno.

Había ido a aquel lugar en varias ocasiones; bueno, lo de «varias» era un decir, lo cierto es que había ido muchas veces. Era un club donde se reunían tipos pintorescos, desde artistas a individuos como él, sin trabajo conocido.

Su ropa había sido de gran calidad, pero ahora estaba ajada y si iba bien rasurado y limpio, no era por otra cosa que para que no le detuvieran como posible vagabundo. Si eso sucedía, inmediatamente sería introducido en una cámara de chequeo y le detectarían como un

adicto al alcoseltz. Si eso ocurría, por mucho que gritara y se defendiera, sería encerrado en un sanatorio de Higiene Psiquiátrica y puesto en manos de los médicos especialistas en desintoxicación. Y curarse del vicio del alcoseltz no era tan sencillo como escapar a una simple dipsomanía.

Sheider no se acercaba por donde pudieran haber patrullas de policía. Tenía miedo; sin embargo, se daba cuenta de que cada vez caía más y más en la fosa del vicio que le atenazaba. Aquel maldito alcoseltz le era totalmente indispensable o, por lo menos, así lo creía él.

El tráfico clandestino, pese a las medidas de seguridad, proseguía y se nutría de hombres viciados como Sheider. No resultaba fácil crear nuevos adictos, pero sí lo era onservar1 los que no se habían querido someter a la profilaxis de desintoxicación en los primeros grados del vició.

El mundillo del hampa jamás se extinguía; cuando un negocio clandestino dejaba de producir beneficios, nacía otro. Siempre había sujetos lucrándose con los vicios y debilidades del prójimo.

Sheider se había lucrado a su manera, tenía la conciencia bastante sucia. Había estado en un campo de trabajo de Marte y había decidido que no le volverían a atrapar y mucho menos a condenar. Sin embargo, Sheider era esclavo del alcoseltz.

Fue escrutando las mesas y divanescon el rabillodel ojo. Entre aquellos rostros de hombres y mujeres, buscaba a su contacto. Al fin, encontró a la chica en un rincón, ante una mesa.

Tenía luz difusora y onda musical individual que escuchaba sólo ella; le bastaba reclinar la cabeza en el diván y accionar el dial que le proporcionaba la música que ella escogía con sólo pedirlo de viva voz. Aunque graduase el volumen hasta ponerlo alto, no podía molestar a las mesas vecinas, pues había barreras antisónicas.

La chica, con mucho pelo, de rostro no muy hermoso y gestos algo endurecidos, tenía unas formas anatómicas muy ampulosas. A su lado, en el diván, había un chico que hacía menos bulto que ella y que, probablemente, era más joven.

El muchacho la besaba y acariciaba mientras ella, algo indiferente, clavaba sus pupilas en el rostro del cincuentón viciado que se detenía ante la mesa.

Una experta como ella podía distinguir sin fallo posible a un viciado

del alcoseltz de otro que no lo fuera; por ello, chasqueó los dedos y su joven acompañante, de mala gana, la dejó sola no sin lanzar una mirada furiosa a Sheider, el cual permaneció en silencio. No dijo nada porque estaba al borde de hacer algo que luego le podía traer malas consecuencias. La violencia, en aquellas situaciones, era una pésima compañera, él lo sabía bien.

Se sentó junto a su contacto, su proveedora. Se conocían; sin embargo, mutuamente ignoraban incluso sus nombres. Ella le miró con fijeza, sin articular palabra. El, como estaba estipulado, dibujó la contraseña sobre la mesa con el dedo, una contraseña que no dejaba huellas de ninguna clase.

. La chica cruzó sus bien torneadas piernas casi en las narices de Sheider y dijo:

—Cuatro.

—¿Cuatro sólo una toma? —inquirió Sheider incrédulo, espantado ante lo que acababa de oír—. Si eran dos...

—Las cosas se han puesto feas. Han descubierto unalmacén y ha sido reducido a cenizas. Cuatro o lo siento.

—Cuatro, cuatro —repitió entre dientes. Hubiera pagado lo que hiciera falta por una toma, pero no tenía cuatro. Metió la mano en su bolsillo de cuero, adosado al cinturóny tocó los pequeños diamantes jupiterinos, del tamaño de una lenteja pero más duros, perfectos y reverberantes que los terrestres.

Sólo se podía pagar el vicio con aquella clase de moneda, a su vez clandestina, pero que muchos utilizaban para pagar sin ser controlados. Pagarlo todo con la tarjeta metálica e indestructible de crédito era hacer las cosas con limpieza, mas aquél era un negocio sucio y los que gobernaban el mundillo del tráfico ilegal del alcoseltz sólo querían cobrar en diamantes jupiterinos que, entre otras cosas, se distinguían con rapidez por su suave color violeta.

—Sólo tengo tres. Soy un cliente fijo y...

—Ve y hazte con el que te falta. En el mercado negro, con tu tarjeta de crédito, podrás conseguir el que necesitas. Ya sabes que yo no me ocupo del tráfico de los diamantes jupiterinos.

—Es que, bueno, ahora tengo el crédito seco. Buscaré un trabajo extra y después...

La chica le observó con ojo clínico y sonrió. No creía que Sheider pudiera llenar el pozo seco de su tarjeta de crédito, era un hombre acabado.

—Está bien, tres por ser tú. La próxima vez trae cuatro o no vengas.

—Sí, sí, claro, la próxima vez traeré el que no te doy ahora. Gracias, gracias —dijo sintiendo su paladar más seco que nunca.

Buscó con el tacto los pequeños diamantes y cuando los hubo extraído de su bolsillo, la mujer ya tendía su mano por debajo de la mesa. Sheider los puso en su palma y la fémina la cerró.

—Ya sabes, a la salida tropezarán contigo. Luego, vete. Anda un patrullero merodeando el Star-Club en las últimas horas.

Sheider había pagado y estaba ansioso por tomar el alcoseltz.

Ya no sentía seco el paladar sino su estómago y éste semejaba un pesado ladrillo dentro de su cuerpo.

En sus oídos sonaba un agudo pitido y la vista comenzaba a jugarle malas pasadas. Tenía prisa, mucha prisa por hacerse con el alcoseltz. No se lo había confesado a su contacto, pero le había costado mucho encontrar aquellos tres diamantes jupiterinos y ya no tenía con qué adquirir más.

Se levantó torpemente y fue hacia la salida.

El mismo joven que había estado besuqueando a la chica que le cobrara la toma, tropezó con él. Sheider abrió la mano y al cerrarla, tenía en ella una cápsula envuelta en papel metalizado.

Sin esperar más, salió del Star-Club.

Se deslizó con rapidez por la rampa de peatones y fue hasta el aparcamiento de heliautos.

Sheider poseía un biplaza de lujo, pero era un modelo caduco, de un par de lustros atrás que no se fabricaba ya y que a él le había costado un precio muy caro cuando había comenzado a vivir la *high life* de los ejecutivos de la Confederación sin ser uno de ellos.

Su fortuna había menguado con una facilidad asombrosa. En principio, había pensado que sería un hombre rico toda la vida y ahora ya estaba en la completa miseria.

Se metió en su heliauto y despegó. Tenía prisa por verse en el aire y allí, en completa soledad, absorbería el alcoseltz que acababa de comprar con grandes sudores.

Sus tres últimos y malditos diamantes jupiterinos habían quedado en la mano de aquella mujer traficante del vicio.

Cuando se sintió solo, sacó un vaso casi con torpeza. Vertió en él unos cien centímetros cúbicos de agua mineral y luego, mordiendo el papel metálico que envolvía la cápsula, la dejó caer dentro del agua. Para que la cosa funcionara, tenía que disolverse. Mientras eso ocurría, por la boca del vaso aparecía un vapor verdoso, frío y estimulante.

Cuando notara el máximo de frialdad enlamanoque sostenía el vaso, sería el momento de tomar el alcoseltz; pero, la cápsula no se disolvía bien...

Preocupado, Sheider comenzó a mirar el interior del vaso sin dar crédito a lo que estaba viendo: la cápsula no se desleía como era de desear.

—No, no es posible —tartamudeó, temblándole la mano. El vaso osciló, perdiendo algo de su contenido—. ¡Perra, hija de perra, me has engañado, me has dado otra cosa!

Gritó sacudiendo el vaso y entrando en una convulsión mientras con una sola mano trataba de gobernar su heliauto. Tenía averiado el control automático y por falta de crédito no lo había podido arreglar, ya que en su modelo de vehículo, por estar fuera de fabricación, las reparaciones resultaban mucho más caras que en otro ordinario.

Sheider perdió el control de sí mismo. Entró en violentos espasmos psicopáticos y al otro lado de los cristales comenzó a ver monstruos horribles que se habían pegado como lapas y que querían romper el cristal parabrisas para caer sobre él.

—¡No, fuera, fuera, no me cogeréis, no! —gritó.

Soltó el mando control y se retorció en su asiento, cubriéndose los ojos para no ver aquellos monstruos que le acosaban.

Un patrullero de tráfico vio cómo el heliauto de Sheider efectuaba extrañas maniobras en el aire. Descendía y volvía a subir. Luego, giraba, creando una confusión en la helipista.

El patrullero, con sus luces rojas intermitentes, se puso en marcha al

tiempo que hacía funcionar un altavoz.

—¡Heliauto matrícula Z cero tres ocho, deténgase, deténgase!

Los avisos de los agentes no fueron oídos. Sheider, en el interior de su vehículo, se hallaba preso de violentas convulsiones.

Al acercarse el patrullero, pudo ver lo que ocurría en el interior del vehículo de Sheider y, sin dudarlo un instante, hicieron un disparo al motor. Este quedó bloqueado sin producirse daños aparentes. Luego, lanzaron un arpón al parachoques posterior del vehículo, al que iba unida una gruesa cuerda de fibra artificial reforzada con hilos metálicos.

Con una precisión casi matemática, el arpón se clavó en el lugar deseado. Poco después, el patrullero remolcaba el vehículo de Sheider, sacándolo de la circulación aérea y desbloqueando la helipista donde el tráfico adquirió su anterior fluidez.

CAPITULO II

El mayor Ian Thor era miembro del cuerpo de contraespionaje en su rama militar, que equivalía a decir que era un hombre muy especial. En su guerrera y en su casco sólo podían encontrarse las insignias y distintivos de mayor del Cuerpo Astral; sin embargo, su tarjeta identificativa de plastic-gold (indestructible hasta los dos mil grados Celsius y en la que aparecía su fotografía tridimensional con sus rasgos anatómicos), poseía una banda magnética que lo podía identificar como miembro de las fuerzas especiales de contraespionaje.

Nadie podía pretender ocupar una plaza en aquel cuerpo especialísimo y secreto. Los hombres eran elegidos por las altas jerarquías del gobierno de la Confederación Solar, miembro de la Confederación Galáctica.

Entre los miembros de la Confederación Galáctica había muchos pactos que respetar para la convivencia astral, evitándose así futuras guerras interestelares.

El mayor Ian Thor se hallaba en aquellos momentos en el Athletic Stadium terrestre, practicando el uso de armas primitivas para conservar en forma su cuerpo, de una perfección casi absoluta; de lo contrario, no podría pertenecer con el grado de mayor a las fuerzas astrales de la Confederación Solar y mucho menos ser miembro del servicio de contraespionaje.

Aquellas prácticas resultaban estimulantes para la conservación de las facultades físicas.

Hizo la carrerilla y al final, ante la raya que había sobre el césped, se detuvo y lanzó la jabalina.

No sólo había que conseguir unas determinadas distancias sino dar en un blanco que se cambiaba de lugar mientras se iba apartando de la raya de tiro.

La punta acerada de la jabalina se clavó en el centro del blanco, a ochenta y nueve yardas de distancia. Resultaba un lanzamiento óptimo y la puntuación era un diez indiscutible.

El entrenador del estadio se le acercó embutido en su chándal de deporte. Con los brazos cruzados, le dijo:

—Mayor Thor, debería presentarse a las olimpiadas.

—No, eso lo dejo para los más jovencitos, yo ya estoy encarrilado en la vida. Tengo muchas misiones y tampoco podría mantenerme en un entrenamiento constante, otras obligaciones me absorben.

—En las olimpiadas, lo que importa es la marca que obtiene el participante, no el personaje y su entorno.

—Lo que usted quiera, pero yo les dejo el sitio de competición a otros.

—Si usted se presentara en algunas pruebas, seguro que se llevaría varias medallas de oro.

—Eso no se sabe hasta que se obtienen.

Tomó un arco destensado que le proporcionó uno de los ayudantes del estadio. Había escogido el arco más duro, el más difícil de tensar. Le colocó la cuerda y poco después, frente a su pecho, tensaba el arco con la saeta colocada.

Se escuchó el zumbido y la flecha salió silbando. De diez saetas sacadas del carcaj, hizo nueve dieces y un nueve en una distancia considerable de cien yardas.

Se sentía satisfecho por las pruebas, sus marcas eran excelentes y no tenía por qué ocultarse dentro del sayal de la falsa modestia. Sabía que cuando él entrenaba, muchos que hacían prácticas se detenían para observarle.

Al salir de los aseos, donde sus poros quedaron perfectamente limpios y cerrados, en conserjería le comunicaron que se había recibido una llamada para él.

Fue hasta su heliauto deportivo y atendió la llamada del videoteléfono. Vio un rostro conocido, un hombre mayor de voz grave y pausada.

—Mayor Thor, preséntese de inmediato en el centro de Higiene Psiquiátrica. Lo espero.

Aquello no había sido una petición sino una orden. El mayor Ian Thor, que se sentía bien, en forma, puso en marcha el vehículo; se elevó y se metió en una helipista de emergencias, haciendo brillar un distintivo amarillo en el costado del heliauto para no ser detenido por los patrulleros que vigilaban que otros vehículos no se metieran en

aquella helipista, sólo apta para servicios de emergencia.

Tuvo que recorrer dos mil millas hasta llegar al *parking* del centro de Higiene Psiquiátrica. Poco después, aquel hombre al que él sólo conocía por míster Soon, le recibía en una salita insonorizada que les aislaba del resto de las dependencias, de modo que lo que ellos hablaran no podría oírlo nadie más.

—¿Hay algún problema por resolver, míster Soon?

Míster Soon se frotó las manos. Bajó la mirada como para tomar fuerzas y luego elevó sus pupilas grises hacia el rostro del hombre que tenía delante.

—No sabemos si hay problema todavía. Quizá sólo sea una sospecha, una falsa alarma.

Era difícil escrutar la mirada fría de míster Soon.

—Bien, creo que me habrá hecho venir por algo. ¿Me va a explicar todo el problema o sólo me va a dar unos datos?

—Son datos que parecen obtenidos de un calidoscopio, mayor Thor. Según como se mira, cambian de formas, de colores. Quizá mi explicación sea demasiado abstracta, pero me rehúso a pensar en lo peor.

—¿Lo peor, qué es lo peor, míster Soon? ¿Hay maraña en las altas esferas del gobierno de la Confederación Solar?

—No, los roces de costumbre, sólo eso.

—¿Quiere decir que el problema está en la Confederación Galáctica, a la que pertenecemos como miembros ejecutivos?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—No puedo decir nada concreto, sólo son ideas extrañas que pasan por esta vieja cabeza. Usted, mayor

Thor, sólo es un muchacho para mí, le llevo muchos años. Con los años se adquiere experiencia, pero también se pierden facultades que usted posee. Parece una tontería, ñero se teme a la destrucción con más años que con menos.

—¿Habla de destrucción? ¿Se trata de una posible guerra o de una guerra que ya está en marcha?

—Si hubiera guerra, sería a largo plazo, mayor Thor. Pero las guerras hay que prevenirlas con tiempo y emplear, si es posible, todos los medios de disuasión.

—¿Guerra a largo plazo, de quién me está hablando, alguna colonia de la Confederación Solar?

—No. Mire, mayor Thor, yo voy a hablar y usted escuchará, pero no dé a mis palabras ningún valor. ¿Me comprende?

Ian Thor permaneció unos segundos en silencio; al fin, aceptó.

—De acuerdo, de acuerdo, escucharé, pero no daré valor a sus palabras. ¿Qué sospechas tiene?

—Quizá sólo sean simples intuiciones de un viejo, intuiciones sin valor.

—Ya le ha dado muchos rodeos, míster Soon. No tema, que como vulgarmente se dice, no meteré la pata.

Míster Soon sonrió estereotipadamente, luego se puso en pie.

—He hecho mal en desconfiar de usted. Bueno, no ha sido desconfianza, en realidad la tengo de mí mismo. Acompáñeme.

Condujo a Ian Thor a los sótanos del centro de Higiene Psiquiátrica. Allí eran llevados los viciosos del alcoseltz, los maníacos en todas su formas, los inadaptados y todos aquellos seres que por su conducta podían crear algún problema.

No tardaron en enfrentarse con el gran frigorífico para cuerpos humanos.

Docenas de compuertas de acero inoxidable estaban allí, alineadas.

Un servidor de aquel tétrico lugar, tras recibir unas indicaciones de míster Soon, abrió una de las puertas y apareció un cajón con un cuerpo humano totalmente desnudo.

Estaba congelado, despedía frío y Thor estaba seguro de que si lo hubiera golpeado con un martillo se habría hecho pedazos, como si rompiera un trozo de hielo de un glaciar.

—¿Conoce a este hombre? —le preguntó míster Soon en tono bajo.

Ian Thor observó el rostro del cadáver, luego las manos. Siempre era posible identificar algo en las manos de un hombre.

Volvió a mirar el rostro que, contraído, mostraba los dientes y parecía sonreír, pero el mayor Thor sabía que no había muerto sonriendo, aquello era una mueca de dolor.

Aquel hombre que no mostraba más señales que las de la autopsia realizada en su cuerpo, los cortes del bisturí Láser y los pegamentos de unión, no presentaba nada traumático. Había muerto con dolores, pero de algo interno. Thor no era médico y no podía determinar por qué aquel hombre estaba allí, metido dentro del congelador humano del centro de Higiene Psiquiátrica.

—No le conozco y no creo haberlo visto en mi vida.

Míster Soon hizo una seña al empleado del congelador para que se retirara y quedaron solos con el cadáver. Nadie- les podía oír.

—Se llamaba Sheider —le dijo sin darle mucha importancia.

Thor le estaba prestando mucha atención, aunque aún no intuía cuál era el problema que tanto preocupaba a míster Soon que, de su natural, era un hombre flemático.

—¿Este hombre está aquí por el alcoseltz?

—Tiene buen ojo, mayor Thor. Ciertamente está por el alcoseltz, era un esclavo de esa maldita broma. Ha muerto sin un centavo en su cuenta de crédito; sólo- llevaba lo puesto y un heliauto tan pasado de moda que el repararlo vale más que lo que pagaría por él cualquier chatarrero.

—¿Y un hombre tan desgraciado como éste fue en vida, le preocupamíster Soon?

—Pues sí, me preocupa. Habló mucho en sus delirios psicopáticos.Como usted sabe, para el mejor control

médico, se graban todos los sonidos que emiten los enfermos aquí internados y este hombre, en su estado digamos de locura, barbotó todo lo que de grave e inquietante había hecho en su vida, todo lo que atormentaba su conciencia, en medio, claro está, de visiones fantásticas. Veía monstruos atacándole y sepultándole; algo horrible.

Usted ya supondrá como son esos terribles ataques.

—Sí, lo supongo, hay enseñanzas al respecto e incluso he visto algunos casos personalmente; sin embargo, veo que a usted lo que le preocupa era lo que atormentaba a ese hombre, Sheider dice que se llamaba, ¿no es así?

Míster Soon empujó el cajón hacia el interior del frigorífico y éste se cerró automáticamente.

—Sheider, años atrás, fue un hombre rico. Se codeaba con los más altos ejecutivos de la *high life* de la Confederación. Era conocido como comerciante interestelar y de la noche a la mañana, se vio rico. Nadie supo cómo se había enriquecido tanto. Por aquellos días, la Confederación tenía ciertas lagunas y fue la época en que apareció el alcoseltz.

—¿Fue un traficante?

—Se sospechó que tenía un laboratorio en otro planeta para obtener alcoseltz, la droga que le ha matado, aunque yo me inclino a pensar que lo que le ha llevado a la muerte no ha sido la maldita droga, sino las torturas de su conciencia. En fin, los servicios especiales lo investigaron —siguió explicando mientras caminaban. Míster Soon había cruzado sus delgadas manos a la espalda—. No se le descubrió ningún hecho punible y como todo en él estaba en regla, no se le pudo interrogar. Las leyes le amparaban, aunque se sospechó que había hecho algo turbio.

—¿Explotar algún filón de metales energéticos?

—Estaba prohibida su explotación particular, existen leyes muy rígidas al respecto. No se debe explotar ningún filón de metales energéticos nucleares más allá de lo necesario y las explotaciones siempre deben realizarlas corporaciones del gobierno que corresponda y bajo una vigilancia total, sin lucro por parte de nadie.

En fin, para qué continuar, el caso es que Sheider no vendía ni compraba nada. Se le vigiló, he visto los informes de aquellos tiempos, sin obtener un resultado concreto. Después, dejó de interesar. Fue gastando y gastando y perdiendo prestigio, pues cada vez vendía menos.

—Entonces no veo el problema por parte alguna.

—Sheider repitió nombres en varias ocasiones, entremezclándolos.


Zeus era uno de ellos.

—¿Zeus, el planeta Zeus?

—Él mismo.

—¿Es con los habitantes de ese planeta con los que teme que podamos tener problemas, míster Soon?

—Pudiera ser.

—Por lo que yo sé de Zeus, sus habitantes son *anthropus pithecus* avanzados y evolucionados, pero su coeficiente intelectual no es superior a cien. En rarísimas ocasiones, creo que no más allá de uno entre un millón, aparece un coeficiente que tampoco va más allá del ciento cincuenta. ¿Cómo piensa que los zeusianos nos van a crear problemas?

Había un ligero tono de burla en la pregunta del mayor Thor que míster Soon, que le conocía bien, no tuvo en cuenta.

—Otro nombre que repitió en varias ocasiones ha sido el del Sequoias College.

—¿Sequoias College? No lo he oído mencionar nunca, míster Soon.

—No me extraña. Hace mucho tiempo, años, se fundó un colegio especial femenino ubicado al norte de California. Allí recibían enseñanza unas niñas seleccionadas que, por su alto nivel de inteligencia, no era lógico incluir en colegios normales, pues mantenerse al ritmo de sus compañeras podía significar un freno para ellas. Todas las niñas superaban el ciento cincuenta de IQ y, por otra parte, eran perfectas anatómicamente. Habían superado ¡os más rigurosos controles médicos.

—Entiendo, niñas destinadas a ser altos ejecutivos.

—Sí, estaban destinadas a ocupar puestos de responsabilidad, como usted, que fue educado desde niño en un colegio parejo y, además, consiguió el número unode su promoción. Mayor Thor, cuando tenga usted algunos años más, si abandona la carrera militar, seguro que tendrá un alto puesto de ejecutivo dentro del gobierno.

—No me interesa.

—Sabía que me respondería eso. En fin, sigamos en lo que nos

preocupa... El Sequoias College se sumió en un silencio extraño e inquietante. Se ubicaba en un lugar solitario, dentro de un bosque, y cuando acudieron las fuerzas de seguridad para comprobar a qué era debido aquel enigmático silencio, no encontraron a ninguna de las alumnas, sólo un montón de cenizas humanas que no se podían identificar. Podían corresponder a empleados y profesores del centro o a las niñas, era muy difícil averiguarlo. Se abrieron varios expedientes y luego, nada, absolutamente nada. Fue un fracaso de las fuerzas de seguridad que no hallaron jamás la respuesta a aquella desaparición. A lo largo de la humanidad ha habido muchas desapariciones individuales y en grupos: Aviones que desaparecían en los albores de la navegación aérea, barcos, naves espaciales... Pero allí, en un tranquilo colegio de California, no era posible la desaparición. Se tapó el expediente como se pudo, pero aquello fue siempre una estima atravesada para las fuerzas de seguridad. Ahora, aparece un hombre que, antes de morir, pronuncia el nombre de ese colegio. ¿Le dice algo, eso?

—No sé, a menos que fuera el padre de una de las niñasdesaparecidas.

—Negativo.

—Quizá, en su día, le impresionó la noticia.

—Negativo.

—¿Por qué, no le creía un sujeto emotivo?

—No, es que la noticia no se pasó a la información mundial, por eso le respondo negativo.

—Comprendo. Estimaron que podía ser algo muy desagradable y tomaron precauciones.

—Exacto. Las niñas no tenían familiares conocidos, pero debido a su alta inteligencia y perfección física, habían sido seleccionadas para el Sequoias College. Desaparecieron y allí quedaron las cenizas de unos cuerposhumanos cuyo número ni siquiera pudo determinarse. De todos modos, se creyó que faltaban cadáveres si habían sido asesinados todos en el mismo lugar. Se pensó en el rapto, en fin, muchas cosas, ya se lo he contado.

—¿Y supone que Sheider tuvo que ver algo en ello?

—Sí, es una corazonada, aunque en el siglo en que vivimos, hablar de corazonadas es hablar de sentimientos primitivos.

—Jamás hubiera sospechado que usted me hablara de una corazonada.

—Pues, ya lo ve, mayor Thor. Cuando el hombre se encuentra perdido en su ciencia, en sus computadoras, en su aséptico racionalismo, recurre a las corazonadas y he pensado en usted porque tiene mucha iniciativa propia.

—Algunos le llaman rebeldía al mando, míster Soon —puntualizó.

—Es posible, pero si no hubiera siempre rebeldes no habría progreso. Claro que a los rebeldes hay que ponerles obstáculos para que no destruyan en exceso moldes conocidos y no aceleren en demasía hacia el futuro. Se convertirían en una raza distinta y se volverían peligrosos. Los rebeldes inteligentes deben ser lastrados para que avancen al mismo ritmo del resto de la humanidad.

—Sí, es una conducta razonable, aunque se le podrían hacer muchas objeciones a su teoría. Ustedes mismos separaron a las niñas inteligentes de las demás, para que avanzaran más rápido y no quedaran lastraˆ das por sus compañeras.

—Un gol para usted, mayor Thor, pero esos colegios están controlados y los rebeldes no se quieren dejar controlar. ¿Qué le parece si seguimos hablando del tema?

—Muy bien. Estábamos en que era posible, según su corazonada, que Sheider tuviera algo que ver con la desaparición de cincuenta niñas *super-woman* y que también nombró a Zeus. ¿He de pensar que, según su precognición, esas niñas se encuentran en Zeus?

—Sería horrible que así fuera y es lo que usted va a investigar, mayor Thor.

—No me diga que me va a enviar a Zeus...

—Sí. Precisamente, vamos a hacer un cambio del personal de nuestra embajada en Zeus. Usted será incluido como agregado adjunto militar y los zeusianos no deben sospechar siquiera que usted va a investigar en su planeta. Podríamos tener un tropiezo, con los consiguientes problemas en la Asamblea General de la Confederación Galáctica. Nosotros ofrecemos ayuda tecnológica y cultural a Zeus; sin embargo, no podemos inmiscuirnos en sus leyes, en sus problemas. En fin, no podemos espiarles y mucho menos exponernos a que se nos acuse de intromisión, posible invasión de su planeta, etcétera. Ya sabe que dentro de la Asamblea Galáctica los de la Confederación Solar,

especialmente los terrestres, tenemos fama de entes belicosos, feroces, sanguinarios, genocidas y otras lindezas que a lo largo de nuestra historia nos hemos ganado a pulso y que ahora tratamos de olvidar como grandes errores de nuestra evolución.

Comprendo. Será todo secreto, míster Soon, todo muy secreto. Podría ser, sin embargo, que allí no encontrara ningún rastro.

—No se dé por vencido de antemano, mayor Thor, no es propio de usted. Tiene iniciativa propia, eso es lo principal. Si esta corazonada falla, el caso de las niñas *super-woman* del Sequoias College seguirá abierto para la eternidad y jamás se le podrá poner punto y final. Tiene usted que averiguar qué sucedió con esas niñas y si Sheider tuvo o no que ver con ese asalto al colegio. Un hombre ha muerto, aplastado por sus vicios. Fue rico y ha muerto en la más completa miseria. En sus últimos instantes, en medio de la locura que avasallaba su mente, pronunció varios nombres: Sequoias College, *super-woman,* Zeus, y un gran sentido de culpabilidad... Mézclelo bien y veamos qué es usted capaz de sacar de esta maldita pócima, mayor Ian Thor.

CAPITULO III

Ian Thor se había dedicado a estudiar la vida de Sheider desde su primera papilla.

Se había topado con varios pasajes oscuros, algunos de ellos totalmente impenetrables. Había comerciado por el espacio galáctico dentro de los límites permisibles, utilizando los canales aceptados oficialmente. Se había enriquecido más que ningún otro colega y había dejado de comerciar para vivir como un *play-boy* espacial.

Al paso de los años, había sobrevenido la ruina económica y física.

Thor había metido todos los datos en un micro *cassette* videotape.

Aparcó su heliauto deportivo en el *parking* del astródromo oficial terrestre, ubicado en la Amazonia, cuyas gigantescas instalaciones subterráneas eran apabullantes.

Los astródromos comerciales tenían grandes instalaciones, parejas en muchos aspectos a aquéllas; no obstante, no eran tan gigantescos ni perfectos como el astródromo oficial de la Amazonia.

Por la parte exterior, es decir, sobre el astródromo, estaba la selva virgen con sus pájaros exóticos cantando, llamándose los unos a los otros, con los pequeños simios saltando entre los árboles y los caimanes nadando en aguas cenagosas.

Sólo un hueco tubular como boca de cañón y no más grande de cuarenta pulgadas de diámetro, aparecía mirando al espacio infinito.

Para cualquier hombre del siglo veinte o veintiuno habría de resultar completamente incomprensible que la macro-nave de un millón de toneladas de peso muerto, medio kilómetro de largo y una altura de cincuenta metros, con unas alas retráctiles en delta que le daban capacidad aerodinámica para navegar por atmósferas semejantes a la terrestre después de haber viajado por el espacio interestelar, pudiera salir por aquel estrecho agujero tubular con forma de cañón. Las medidas no coincidían.

Allí, en el subsuelo, todo era enorme y fabulosamente científico, todo era fiable al mil por mil. Nada fallaba y para que eso resultara factible, allí operaban los técnicos y científicos más cualificados de la

Confederación.

Un error de millonésima de milímetro en un lanzamiento podía ser funesto para los viajeros espaciales.

El mayor Ian Thor había hecho colocar en la panza de carga del Mamut Interstar un par de vehículos para su uso particular, con características diferenciadas según el caso.

Dentro de compartimientos secretos de dichos vehículos, había incluido artilugios y armas muy especializadas por si debía de utilizarlas, y sólo podría hacerlo en situaciones de inminente muerte. En los tratados de la Confederación Galáctica se especificaba que todo aquello estaba prohibido usarlo en planetas que no fueran el propio.

Salvó todos los rigurosos controles de seguridad.

Se introdujo en la cámara de asepsia polivalente y directamente de esta cámara, pasó al Mamut Interstar. Ya no podía salir de la nave viajera; para ello tendría que volver a pasar por aquella cámara de asepsia polivalente que por más que la habían modificado siempre producía neuralgias.

Mediante un ascensor interno de la nave, subió a la sala de reuniones para viajeros.

Aquella nave de embajada no era de combate aunque, como era lógico, poseía medios de defensa por si era atacada por algún pirata interestelar. Se sabía que los había y solían montar sus guaridas en planetas hostiles cuyo medio ambiente resultaba adverso para la vida orgánica, por ello no era fácil encontrarlos.

El mayor Thor ya conocía a Pai-Tien, el hombre relaciones públicas, siempre sonriente y ceremonioso en su flema oriental.

—¿Soy el último en llegar? —le preguntó, mirándole a los ojos almendrados.

—En entrar en la nave, sí, aunque el embajador no se halla en estos momentos en la sala de reuniones, sino en el puente de mando, con el comandante de la Mamut Interstar.

—Bien, luego saludaremos al nuevo embajador. ¿Por qué no me presenta a los que van a ser mis nuevos compañeros?

—Eso estaba a punto de hacer, mayor Thor. Por favor, acompáñeme.

El relaciones públicas diplomático semejaba de más edad de la que realmente tenía. A su favor estaba el que era un hombre incapaz de perder la sonrisa por muchos problemas que le acosaran, y resultaba impenetrable como el más duro de los diamantes jupiterinos, la moneda del mercado negro galáctico, apta para cualquiera de los sistemas solares que componían la Confederación Galáctica.

Pai-Tien le fue presentando a los cuarenta miembros que componían la nueva embajada que iba a reemplazar la que ya había en Zeus. Era un relevo lógico y normal, nada sospechoso.

A Ian Thor, en principio, sólo le interesaron dos de las personas que iban a ser sus compañeros de trabajo en la embajada.

Una de ellas era el general Rotson, el agregado militar del que Ian Thor sería su adjunto, aunque tendría libertad total de operaciones.

Desde un principio, Thor no simpatizó con su superior. El general Rotson era un burócrata militar con ideas totalmente ortodoxas para el servicio. Con él no había posibilidad de problemas con otros gobiernos, pero era la clase de individuo que no miraba con buenosojosaloshombresconiniciativapropia,yeraindudable que Ian Thor era de esa clase de hombres que se le atragantaban al general Rotson.

No obstante, se saludaron e intercambiaron sonrisas, aunque al primer vistazo los dos comprendieron que sería difícil el entendimiento entre ambos.

El general contaba con que su más alto rango se encargaría de dirimir los problemas que surgieran entre ellos, lo que equivalía a decir que el mayor Thor se tendría que someter siempre que Rotson lo exigiera.

La otra persona que llamó la atención de Ian Thor fue una mujer.

Era la belleza perfecta entre los terrícolas. Alta, esbelta, flexible, bien entrenada gimnásticamente. Sus atributos y redondeces femeninas eran proporcionadas como si las medidas hubieran salido del seno de una computadora y estaban a la vista gracias al ajustado moño-traje de seda color carmesí y oro que se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel.

Un cinturón beige dividía su cuerpo por encima de las caderas y en aquel cinturón llevaba cuanto podía necesitar para su uso particular.

Su rostro era de perfiles grecorromanos, algo dulcificados, y en él

destacaban los grandes ojos de líneas euroasiáticas y color verde intenso.

Como marco a su hermosa cara, una larga y espesa cabellera rubio platino que llevaba simplemente cepillada, cayéndole sobre los hombros, pecho y espalda.

—La doctora Irina Tavienevna, agregada cultural adjunta. El mayor Ian Thor —presentó Pai-Tien, ceremonioso como era habitual en él.

Thor e Irina se miraron a los ojos abiertamente. Ambos se sabían jóvenes, inteligentes y anatómicamente perfectos para las relaciones conyugales.

Irina Tavienevna, aun tratando de ser amable, tuvo un movimiento instintivo de defensa. Era una mujer muy avanzada y pensaba que en las relaciones amorosas, si el hombre era fuerte psicológicamente, la mujer siempre acababa un tanto dominada por el varón, e Irina era de las que habían seguido la filosofía ya secular del *fifty-fifty*.

—¿Se ha dado cuenta de una cosa, mayor?

—Pues, aparte de que es usted un ejemplar digno de convertirse en exponente de la belleza de nuestro tiempo…

—Gracias, mayor, creo que a usted, en su sexo, le corresponden las mismas palabras y halagos. Lo que yo quería decirle es que sus iniciales son las mismas que las mías, Ian Thor e Irina Tavienevna, I. T. ¿No es gracioso?

—Gracioso no lo veo, pero sí interesante.

Pai-Tien se percató de que entraban en la sala el comandante de la Mamut Interstar y el embajador Demosthenes. Fue a su encuentro tras disculparse con la pareja, a la que dejó sola unos instantes.

Pai-Tien pasó de nuevo a las presentaciones.

El embajador Demosthenes era un hombre melifluo, paternal y apacible, con más cabello blanco que negro sobre su cabeza. Thor había oído comentar que era un hombre muy enérgico cuando la situación lo requería, pero buen diplomático, resultaba sumamente escurridizo en sus palabras y acciones.

En su magnetoscopio tridimensional a color, el embajador Demosthenes tenía toda la documentación relativa a los hombres que

iban a componer su embajada. Tenía fijados en su mente todos los rostros y nombres y ahora los conocería personalmente.

—La doctora Irina Tavienevna y el mayor Ian Thor, agregados adjuntos, militar y de cultura, respectivamente —presentó el relaciones públicas cuando llegó junto a la pareja.

—Es bueno llevar gente joven y más si forman una pareja tan espléndida. Es posible que en alguna recepción o fiesta de embajada deba recurrir a su presencia, serán un magnífico ejemplo de lo que puede ser la pareja terrícola.

—Embajador —le observó la doctora Tavienevna—, el mayor Thor y no acabamos de conocernos; no sé si realmente pensamos igual y si podremos llegar a formar esa pareja ejemplar.

—Tendrán tiempo para conocerse, ya lo verán. —Y prosiguió su camino.

—Creo, doctora Tavienevna, salvo que me permita llamarla Irina…

—Puedes hacerlo, lo mismo que yo te llamaré Ian, si no te molesta.

—Naturalmente que no. Lo que iba a decirte es que no te gusta que te emparejen, ¿verdad?

Ella suspiró con fuerza. Cruzó los dedos y sin mirarle, dijo con sinceridad:

—Dejando a un lado falsas modestias, estoy consciente de que soy una mujer hermosa y por ello me he preocupado más de ser alguien en mi labor específica como profesora de Ciencias Naturales. Por más que a lo largo de los siglos se ha intentado destruir el mito de la mujer-objeto, hay mujeres que todavía hoy se columpian en su belleza y en su sexo para vivir cómodamente o alcanzar posiciones en la vida que les permitan gozar y ser admiradas y deseadas.

—Y lo que tú no quieres es ser mujer-objeto.

—No sólo no serlo, ni siquiera parecerlo. ¿Comprendido?

Ian Thor hubiera querido preguntarle si había estado en la consulta de algún psiquiatra y éste le había dicho que era frígida. No creía que aquella mujer fuera frígida, pero su actitud era defenderse contra su propia belleza que sabía atraía como la más poderosa de las gravedades astrales.

Una hora más tarde, todos se hallaban en sus respectivas cabinas.

Se tendieron en las literas anatómicas y aguardaron a que el viaje comenzara, un viaje que no resultaría en absoluto pesado ni largo, pues la ciencia había conseguido unos avances que siglos atrás eran inimaginables.

Todas las conexiones se hallaban fijadas. La nave estaba fría y seguiría estándolo. Los depósitos de combustible sólido-metálico estaban llenos para poder proporcionar a los motores la energía que éstos requirieran y la autonomía de la Mamut Interstar era casi infalible.

Todos los servidores del hangar de lanzamientos se parapetaron tras los espesísimos cristales de cien pulgadas de grosor con todos los filtros necesarios. Vieron como la gigantesca nave se iba descomponiendo en un chorro de neutrinos que se introdujo por el cañón de lanzamiento y fue disparado hacia el espacio.

Pensar en la desintegración de toda aquella materia que constituía la Mamut Interstar y su contenido para ser transformada en neutrinos, parecía algo de locura para quienes lo estaban contemplando.

Como era lógico suponer, era absolutamente necesario convertir todos aquellos neutrinos en un chorro unidireccional dirigido al sistema S-20 donde se ubicaba el planeta Zeus, pues los neutrinos, que aumentaban en un volumen aterrador, corrían el riesgo de dispersión, puesto que no había pared, panel ni nada que pudiera detenerlos.

Los neutrinos podían traspasar sin problemas y en línea recta, sin ser desviados en su trayectoria, un planeta o una estrella. Esa y su terrible velocidad, eran las grandes ventajas de los neutrinos y las dificultades, ya salvadas, la desintegración y reintegración de la materia en neutrinos y viceversa.

El chorro rectilíneo de neutrinos en que se había convertido aquella embajada terrícola para viajar inter-estelarmente, no se vio ni se sintió en la jungla amazónica que crecía lujuriante y anárquica según los razonamientos humanos y lógicamente según. la propia Naturaleza.

CAPITULO IV

Tras recorrer millones de años-luz de distancia, atravesando cordones de meteoritos, planetas sólidos y estrellas que no desviaron su curso, aquel chorro de neutrinos se fue reintegrando para convertirse de nuevo en la materia que fuera en un principio, ya dentro del sistema estelar S-20, viajando hacia Zeus.

—Atención, atención, les habla el comandante de Mamut Interstar —comenzó la voz algo ronroneante a través de los altavoces que se hallaban en todas las cabinas y dependencias de la gigantesca nave.

El mayor Ian Thor escuchaba tranquilamente. Por supuesto, no era la primera vez que había viajado en estado de desintegración neutrínica: no obstante, siempre había experimentado satisfacción al sentirse de nuevo materializado.

Existía una remota posibilidad de que en alguna ocasión ocurriera el accidente y la materialización resultara defectuosa o no se realizara. Entonces, la muerte se produciría por una condena a viajar eternamente convertido en un chorro de neutrinos que jamás llegaría a parte alguna.

La reconversión se realizó perfectamente, como era de esperar, y el comandante de la nave siguió hablando desde el puente de mando de la nave interestelar.

—En estos momentos viajamos a cien mil millas por hora y nos hallamos a medio millón de millas de Zeus, nuestro destino. En menos de cinco horas, entraremos ensuórbita.Deceleraremosponiendoenmarchalosmotores y tras pedir permiso a las autoridades zeusianas, descenderemos al planeta.

Thor encontró a Irina Tavienevna en el comedor. Una camarera le sirvió la bandeja de alimentos en la misma mesa en que se hallaba la doctora en Ciencias Naturales.

—Supongo que puedo sentarme aquí —dijo Thor.

—Sí, claro. No te tengo ninguna animadversión mientras no me hagas pensar lo contrario, Ian. ¿Sabes? Viendo tu graduación en el uniforme, se me hace difícil llamarte por el nombre de pila.

—Puedo quitarme el uniforme, tengo autorización para ello. Estoy en una agregaduría militar y, por tanto, en situación diplomática.

—Es difícil pensar que un hombre de tu categoría y fama...

—¿Fama?

—Sí, me he enterado un poco de tus heroicidades. Supongo que lo que te digo te hará esponjar de satisfacción.

—No hay cuidado, no soy ni más ni menos vanidoso que los demás. Soy como tú, consciente de lo que represento y de la imagen que doy. No cambio mi forma de ser por lo que piensen los demás.

—Magnífico; sin embargo, me sigue pareciendo incomprensible que un hombre de tu reconocida capacidad en las fuerzas astrales y, según cuentan, con un porvenir todavía más prometedor que el actual, se encierre en un oscuro puesto diplomático en un planeta tan lejano como Zeus.

—Con los modernos sistemas de viaje por conversión de la materia en neutrinos y su posterior reconversión, las distancias y los obstáculos en los viajes prácticamente han desaparecido.

—Esa no es una respuesta total a mi observación.

Ian Thor comprendió que no era fácil engañar a aquella mujer, y él tampoco deseaba engañarla.

—Digamos que es una pausa entre mis viajes. Voy a dedicarme a conocer mejor a los seres vivos y pensantes.

—¿Te humanizas? Creí que los hombres como tú se consideraban, sino dioses, sí semidioses.

—ˆSupongo que lo mismo que las bellezas venusinas como tú.

—Una buena réplica. ¿Firmamos la paz?

—Nada más a gusto. Creo que será muy interesante tenerte como compañera.

—Hay más mujeres en el grupo diplomático.

—Cuando veo un sol, lo siento, pero no puedo ver las otras estrellas.

—Fuera de una atmósfera como la terrestre, casi todos los soles se

parecen.

—Yo soy un terrícola que todo lo ve siempre a través de una atmósfera azul.

—No me vas a salir romántico ahora, ¿verdad?

—Bueno, no quería dar la impresión de que te estoy cortejando. Sólo quería asegurarme tu compañía, las zeusianas no son mi tipo.

—Tampoco lo son los zeusianos para mí, pero son seres vivos y pensantes como tú has dicho.

—Sí, una civilización que nos sigue a algunos siglos de distancia en evolución.

—Y que, en equivalencia, está como la civilización del siglo veinte terrestre y ello gracias a la tecnología y cultura que nosotros les hemos proporcionado. Ellos avanzan mucho más lentamente que lo hemos hecho nosotros los terrícolas.

—Creo que por mucha tecnología que les demos, la diferencia de civilización entre Zeus y la Tierra no sólo persistirá sino que aumentará. El avance científico va en proporción geométrica.

—Sí y además está el nivel de inteligencia. El promedio terrícola es superior al de los zeusianos.

—Muy superior, diría yo. La cantidad de supercere-bros, entre nosotros, es un millón de veces superior al de ellos.

—Se puede aumentar la cultura, pero no el grado de inteligencia, salvo que nos sumerjamos demasiado en las profundidades peligrosas del mundo de la genética —observó ella.

—¿No habría posibilidad de qué los zeusianos aumentaran su IQ?

—Eso es cosa de su evolución normal, no de culturización, mi querido mayor Thor —le objetó algo burlona—. Se ha comprobado por estadísticas de razonamiento que los griegos filósofos o los egipcios del tiempo de Ramses, milenios antes de Cristo, no tenían un IQ inferior al nuestro, sólo que nosotros hemos sacado más partido a ese IQ gracias a la Ciencia y aprovechando las experiencias del prójimo trabajando en equipo y divulgando los conocimientos. Lo que ocurría en tiempo de los griegos pensantes o de los egipcios de las pirámides, es que la cultura era exclusiva de unos pocos, los que constituían la

élite. Si la hubieran divulgado más y no se hubiera sometido al pueblo, a gentes que podían tener un ciento cincuenta de IQ, a trabajos de bestia de carga sino a labores de investigación o simple observación, se habría avanzado más rápido. Pero, aquella gente prefería encadenar al prójimo y hacerlo trabajar a golpe de látigo.

—Yo, por supuesto, he preferido nacer en este siglo —le dijo Thor.

—Te veo en el pasado, convertido en un guerrero de la *¡liada* como Aquilea, por ejemplo.

—Ya, con el casco y el penacho.

—Darías una buena imagen. ¿Sabes que mi *hobby,* en los momentos de ocio, es modelar en arcilla?

-¿Y qué?

—Pues que sería interesante modelarte como si fueras un guerrero de la batalla de Troya.

—Me temo que no me va a sobrar tiempo para posar.

—¿Y como Discóbolo?

—La verdad, no me considero tan perfecto.

—Eso tendría que juzgarlo yo y no tú, ¿no crees?

—Diablos, este café se me ha enfriado.

Se notó entonces una ligera vibración en la gigantesca nave y comprendieron que estaban llegando a la órbita de Zeus.

Aminoraban la velocidad para entrar en órbita y no rebotar contra la misma.

—¿Te parece que vayamos a dar un vistazo al planeta Zeus ahora que entraremos en órbita?

—Sí, ¿por qué no? —respondió Thor acompañando a Irina hasta una de las ventanas panorámicas que aún permanecían cerradas con paneles de duro-acero-plástico—. Siempre es hermoso el espectáculo de un planeta desde su órbita. Se adquiere una perspectiva que luego, cuando se está en la superficie del planeta, ya no se olvida y se ven las cosas con mayor objetividad.

Mo tardaron en descorrerse los paneles y Zeus apareció ante ellos. Aunque lo habían visto tridimensional-mente y a color en las pantallas de videotape, no era lo mismo verlo así, al natural.

Zeus no tenía el azul celeste del planeta Tierra, sino un color casi morado. En su azul, tenía tonos rojizos de los que el planeta Tierra carecía y era porque en las capas altas, mezclados con los gases atmosféricos normales, había vapores nitrogenados que, por estar a aquella altura, no resultaban nocivos para los habitantes de Zeus.

Mientras el comandante de la nave se ponía en contacto con las autoridades de Zeus para notificar su presencia, pudieron ver los océanos y sus continentes.

Zeus tenía una proporción de superficie acuosa y terrestre bastante pareja a la de la Tierra, aunque carecía prácticamente de zonas glaciares y la temperatura media del planeta era superior a la terrestre.

Zeus tenía siete continentes y éstos estaban más separados entre sí que en la Tierra. Eran como grandes Australias que no se tocaban unas, a otras, habiendo mucho océano entre ellas, lo que había hecho que surgieran civilizaciones distintas en cada uno de dichos continentes.

Sin embargo, habían llegado a cuajar en un gobierno federal que no podía evitar ciertos movimientos levantiscos de alguno de los continentes que, por ideas políticas arcaicas, pretendía una separación y total autodeterminación cuando lo más óptimo eran los gobiernos federales.

—Atención, atención, que cada cual ocupe su puesto en el departamento que le corresponda. Vamos a abandonar la órbita para introducirnos en la atmósfera de Zeus en breves instantes. Que nadie se mueva hasta que hayamos tocado suelo y estemos en punto cero —advirtió el comandante.

Sus órdenes se repitieron por los altavoces con una serie de consejos que todos conocían, pero no estaba de más recordarlos.

—Hasta luego, Irina.

—Adiós, Ian, ya nos veremos en la embajada. Hay mucho trabajo por realizar.

—Sí, mucho trabajo.

El general Rotson se acercó al mayor Thor carraspeando un poco.

—Mayor Thor, espero que usted se ocupe personalmente de mi secretaría.

—Lo siento, mi general. Esa tarea es propia de un burócrata y no soy yo el hombre más idóneo para llevarla a cabo.

—¿Qué le sucede, mayor, rehúsa efectuar el trabajo que le encomiendo?

—Mi general, creo que tengo una misión específica en Zeus.

—Una misión que, como superior inmediato, debo supervisar con mucha atención.

Ian Thor comprendió que el general Rotson no había sido puesto en antecedentes de su misión y que si cometía un desliz, iban a caer sobre él, única y exclusivamente, todos los males, repulsas y castigos.

El gobierno federal al que pertenecía, nunca admitiría que se le había dado carta blanca para actuar en Zeus, transgrediendo las leyes de este planeta que fueran necesarias, con tal de averiguar si Zeus tenía que ver con la desaparición de cincuenta niñas escogidas para *super-woman.*

—Por supuesto, mi general, usted supervisará lo que yo haga, pero no quisiera recordarle que tengo completa autonomía de trabajo y movimientos. Le supongo enterado de ello. Ahora, creo que debemos ocupar nuestras cabinas.

El general Rotson le vio alejarse con el ceño fruncido y una mirada de ave de presa.

El gigantesco Mamut Interstar, haciendo funcionar sus motores antigravitatorios, fue compensando la atracción del planeta Zeus para que la nave no descendiera con un exceso de velocidad y se destruyera.

Las alas retráctiles en delta se extendieron y se convirtió en el gigantesco pájaro artificial que los zeusianos de sus siete continentes pudieron admirar sobre el cielo. Había mucha diferencia entre el Mamut Interstar terrestre y sus aviones de línea regulares.

El Mamut se posó con suavidad etérea en el astródromo particular que la embajada de la Confederación Solar poseía en sus áreas de servicio

al norte de Zeusilia, capital federal y sede del gobierno del planeta.

Sus dirigentes, desde la terraza de un elevado edificio, habían observado con curiosidad, recelo y codicia, la llegada de los terrícolas.

CAPITULO V

El retorno de los miembros de la embajada reemplazados habría de demorarse unos días zeusianos hasta que pusieran al corriente a los recién llegados. Por ello, el gigantesco Mamut Interstar permanecía quieto y brillante en el astródromo de la Confederación Solar.

La embajada ponía a disposición de sus miembros automóviles con motores de explosión fabricados en las factorías de Zeus por habitantes de dicho planeta.

Eran modelos que correspondían a los años mil novecientos ochenta terrestres. Dentro de su sistema, eran unos buenos automóviles que no polucionaban en absoluto y tenían una seguridad bastante aceptable para sus usuarios.

Sin embargo el mayor Thor, ante la envidia de todos, se había hecho transportar un modelo revolucionario con carrocería totalmente aerodinámica y plancha de oro puro no atacable por ningún agente atmosférico.

Cuando alguien preguntaba al general Rotson cómo era que el mayor Thor había conseguido traerse desde la Tierra aquel automóvil, éste no sabía qué responder porque él mismo ignoraba el procedimiento.

Por ello, se acercó para preguntarle al mismísimo Thor. Este, vistiendo ropas civiles, se hallaba junto a su automóvil, fumando un cigarrillo.

—Oiga, mayor Thor, yo no tenía conocimiento de queusted se traería este cacharro hasta Zeus, ocupando un volumen y un peso que podía haber sido dedicado a otros útiles o enseres necesarios a la embajada.

—Es posible, mi general, es posible. Yo cursé mi solicitud reglamentaria y fueron aceptados mis dos vehículos en el viaje.

—¿Dos? ¿Tiene otro?

—Sí, mi general.

—Entonces, lo pondrá a mi disposición.

—Lo siento, mi general, es de total utilidad personal. Está fabricado de forma que sólo con mis huellas dactilares y el sonagrama correspondiente a mi garganta se puede poner en marcha.

—Vaya, un sistema de seguridad antirrobo muy sutil y sofisticado. ¿Y este cacharro dorado también tiene los mismos sistemas?

—Mi general, si no está conforme con el automóvil que le corresponde, puede elevar su protesta al embajador que, después de todo, es el superior de ambos.

—Es usted un insolente, mayor Thor. No se tome atribuciones que no le corresponden o tendría que lamentarlo.

—Es posible, mi general. Ahora, si me disculpa...

Se apartó de él, avanzando unos pasos hacia la joven que acababa de aparecer.

—Irina, te esperaba. ¿Quieres que demos un paseo en auto por Zeusilia?

—Buenos días, mi general —saludó ella al tiempo que asentía a la invitación de Thor.

—Mayor, no olvide las prohibiciones y limitaciones de este planeta. Venimos de un mundo muy avanzado y aquí estamos como en la Tierra en las décadas entre los sesenta al año dos mil.

—No se me olvida, mi general. Ya ve que no me he traído mi heliauto porque sé que está prohibido aquí volar de forma particular. Sólo pueden usarse los arcaicos helicópteros de motor de explosión y principio de reacción, pero por las tropas policiales y militares zeusianas.

El general Rotson quiso hacer más objeciones, perose quedó con la palabra en la boca, pues Ian Thor ya se había introducido en el vehículo dorado. Era biplaza y junto a él se acomodó Irina Tavienevna.

—Es bastante cómodo este auto —opinó ella estirando sus piernas, pues el asiento era muy bajo y las piernas se mantenían estiradas sobre un suelo acolchado, como si se estuviera tendido en una hamaca convencional.

—Vamos a dar una vuelta. He puesto un *cassette* en el videotape del salpicadero con toda la información de la ciudad, de modo que con esta guía no nos perderemos.

El aerodinámico automóvil se puso en marcha de forma insonora y se

alejó, con rapidez, sin desprender ninguna clase de gas por su tubo de escape.

—Parece que no le caes simpático a tu general Rotson.

—Sí, es cierto. Pensamos de distinta forma. Debe considerarme un joven muy caprichoso y eso no le parece acertado en un militar.

—Caprichoso sí lo eres. Has conseguido despertar la envidia de toda la embajada con este automóvil; sin embargo, cuando tengas una avería y no siendo fabricado en Zeus, ¿cómo solventarás el problema?

—He traído conmigo un mínimo de recambios indispensables. Por otra parte, ese vehículo es casi indestructible; si no lo es en un cien por cien, sí en un elevado tanto por ciento.

—Parece que lo has previsto todo.

—Aunque el general Rotson piense que soy un caprichoso, suelo prevenir muchas cosas.

Se introdujeron en la circulación motorizada de las calles de Zeusilia. En realidad, había mucho tráfico y los accidentes menudeaban. Los agentes de la autoridad en ocasiones perdían los nervios fácilmente y en otras mostraban una flema excesiva ante un herido de tráfico.

Con anterioridad habían visto imágenes de los zeusianos, pero no dejaban de sorprenderles aquellos seres *antrhopus pithecus,* muy parecidos a los *australopithecus* terrestres, pero con la misma capacidad craneal que tenían los terrícolas actuales.

Las pupilas de los zeusianos eran de color violeta, lo mismo que su cabello. Aquellos seres eran mucho más pilosos que los terrícolas, aunque la cantidad y espesor del vello variaba entre ellos.

Por ese motivo y con el intenso calor que hacía en Zeusilia, llevaban escasas ropas que cubrían justamente los genitales. Los había que utilizaban vestidos, aunque muy holgados.

Sus brazos eran extremadamente largos en comparación con los terrícolas; en cambio, las piernas resultaban cortas, de modo que al andar, si lo deseaban, podían tocar el suelo con las manos. Eran una mezcla de hombre terrícola y de chimpancé y gorila, y de estos últimos tenían la poderosa dentadura armada con prominentes colmillos que les inferían un aspecto feroz. No cabía duda de que aquellos seres eran muy fuertes.

Con tales características, resultaba totalmente imposible confundir a un zeusiano con un terrícola.

El mayor Ian Thor aparcó su automóvil frente a la terraza de una cafetería que tenía un aspecto aséptico y lujoso.

—Hace calor fuera del auto. ¿Qué te parece si tomamos algo, Irina?

—Esperemos que las bebidas no sean demasiado diferentes de las nuestras.

—No hay cuidado, están todas comprobadas para que no nos dañen el organismo.

Nada más apearse, varios zeusianos de diversas edades se acercaron al vehículo para observarlo e incluso tocarlo con sus manos, pues nunca habían visto nada igual.

Los terrícolas también fueron observados con detenimiento, en especial el abundante cabello rubio platino de Irina.

Pidieron zumo de naranja, fruto que allí se cultivaba en abundancia tras las recomendaciones de la Confederación.

Era sabido que en Zeus se podía tomar alcohol e incluso drogas que ya hacía siglos habían desaparecido del planeta Tierra y de toda la Confederación Solar.

Zeus era autónomo pese a pertenecer a la Confederación Galáctica y ésta podía hacerle recomendaciones sobre lo que era conveniente o no para ellos, pero sólo eran consejos, nunca órdenes. Por ello, los zeusianos sólo habían tomado lo que les convenía y ahora se hallaban en una civilización pareja a la que la Tierra tenía en las postrimerías del siglo xx.

No se les había facilitado más información tecnológica porque ya no la comprendían. Necesitaban evolucionar más para acceder a ella.

Por todo ello, el pueblo zeusiano tenía ciertos complejos de inferioridad con respecto a los terrícolas, lo que hacía que muchos zeusianos se volvieran agresivos e insultantes contra ellos, pues la sensación de inferioridad no la sobrellevaban bien cuando sabían que, físicamente, eran tanto o más fuertes fue los terrícolas, pues en algunas cosas eran superiores y en otras no tanto debido a la longitud de sus extremidades.

—Es una impresión rara sentirse rodeada por todos estos seres —comentó Irina.

—¿Es la primera vez que sales de la Tierra?

—He estado en otros planetas de nuestra Confederación Solar, pero salvo las diferencias propias de nuestro sistema, es decir, negros, amarillos, etcétera, no somos tan distintos como aquí. Y menos mal que parecen pacíficos.

—Nunca te fíes del todo, Irina. Hay seres que se muestran pacíficos mientras no consideran que pueden ser agresivos. ¿Piensas que muchos de los zeusianos que pululan por este bulevar no se llevarían ahora mismo mi coche? Lo malo para ellos es que tiene un bloqueo total y está muy por encima de sus conocimientos y si no se lo llevan izado en una grúa, les sería totalmente imposible sacarlo de aquí.

—Buenos días, terrícolas.

El saludo había partido de la boca de un zeusiano vestido con uniforme policial. Llevaba pantalones cortos y camisa oficial, también de manga corta, correajes y una revolverá con una gruesa pistola. . Sobre su cabeza destacaba una gorra de plato con varios entorchados. Toda su indumentaria era negra salvo las insignias y adornos que eran dorados. En la mano llevaba un cimbreante bambú rematado con puntas de oro.

Tras él había seis hombres uniformados como él, pero sin condecoraciones e insignias. Portaban metralletas automáticas de balas convencionales, pero que debían de ser muy efectivas.

Los ciudadanos de Zeus, al verles, se alejaron prudencialmente.

—Usted es Nakong, ¿verdad? —le preguntó Ian Thor mirándole al rostro.

Aquel ser, que tenía mucho de hombre, pero también de gorila, sonrió entreabriendo sus colmillos con los que podía destrozar, de una sola dentellada, una garganta terrícola.

Tenían bastante de rinocéfalos, aunque no se pudieran catalogar como tales según las nomenclaturas de la Confederación Solar.

Irina trataba de permanecer tranquila, pero aquel hombre la intranquilizaba. No tenía la mirada de otros zeusianos como el camarero que les había servido; Nakong tenía una mirada muchísimo

más inteligente e Irina se sintió como desnudada por los ojos violeta del jerarca zeusiano.

—Es usted muy precavido, mayor Thor. Debe haberse tomado la molestia de ver mi imagen en su archivo.

—Por lo que veo, lo mismo que usted ha hecho conmigo.

—Y con la profesora Tavienevna —puntualizó Nakong tomando una silla y acomodándose frente a ellos mientras sus subordinados, armados con metralletas, seguían protegiéndole la espalda—. Que me traigan un whisky doble —pidió.

—Si hemos de convivir un poco, es lógico que todos tratemos de conocernos —dijo Irina tratando de suavizar la situación que podía implicar un riesgo de enfrentamiento, aunque con el rabillo del ojo observó a Thor muy tranquilo.

—Soy el jefe de seguridad de Zeus. El ejército de tierra, mar, aire y toda la policía está bajo mis órdenes directas y no soy Nakong sino el mariscal Nakong. ¿Comprendido?

Se rio entre sus grandes colmillos al tiempo que daba unos golpecitos con el bambú que llevaba en sus manos. Después, se volvió hacia el automóvil dorado y lo apuntó con su caña.

—Se lo ha traído de su planeta, ¿verdad, mayor Thor?

—Sí, es obvio que ustedes no fabrican todavía cacharros como ése.

—Fabricamos autos deportivos y bólidos muy buenos, pero supongo que ése tiene características especiales, tecnología que a nosotros no nos es permitido poseer todavía.

—Creo que la Confederación Galáctica aprobó que ustedes tuvieran una evolución rápida, mariscal Nakong —dijo Irina—. Sin embargo, esa tecnología debe ser establecida aquí a medida que vayan pudiendo utilizarla.

El zeusiano sonrió entre sus grandes colmillos rodeados de vello morado tirando ligeramente a rojo, pues esas variaciones sí se producían entre los habitantes de Zeus.

Su mirada se clavó e Irina de forma agresiva, una agresividad en la que, por ser ella mujer, también hubo un deseo de posesión y sometimiento.

—Claro, claro, ustedes los terrícolas piensan que los zeusianos todavía somos torpes y estúpidos. ¿No es eso?

Se rio golpeando con la caña de bambú sobre la mesa, y quienes le conocían sabían que aquellos golpecitos expresaban una furia contenida por parte del mariscal Nakong.

—Yo no he dicho tal cosa —se apresuró a decir Irina—. Sólo que ustedes llevan unos años de diferencia en su evolución y es lógico, ya que aparecieron sobre este planeta más tarde que nosotros en el nuestro.

—Ya, ustedes son los papas y nosotros los niños en cuyas manos no se pueden poner juguetes valiosos ni peligrosos. Bien, bien, mayor Thor, sabrá usted que en Zeus hay una serie de leyes y reglas. No puede utilizar vehículos con baterías atómicas. ¿Lo recuerda, verdad? Sería muy lamentable que usted transgrediera las leyes de Zeus, somos muy rígidos en nuestra justicia.

—Lo sé, mariscal Nakong, soy consciente de ello.

Nakong hizo una seña sin mirar a ninguno de sus hombres y dos de ellos se aproximaron al automóvil. Sacaron unos contadores Geiger que pasaron alrededor del coche.

—¿Por qué no me deja sus llaves, mayor Thor?

—Oh, no, mariscal Nakong, mi auto no tiene llaves. Usted mismo lo ha dicho: Tiene ciertas ventajas que sus automóviles no poseen, y no es que quiera alardear de ello, simplemente que lo diseñé en esta forma.

—¿Lo diseñó usted mismo, mayor Thor?

—Sí.

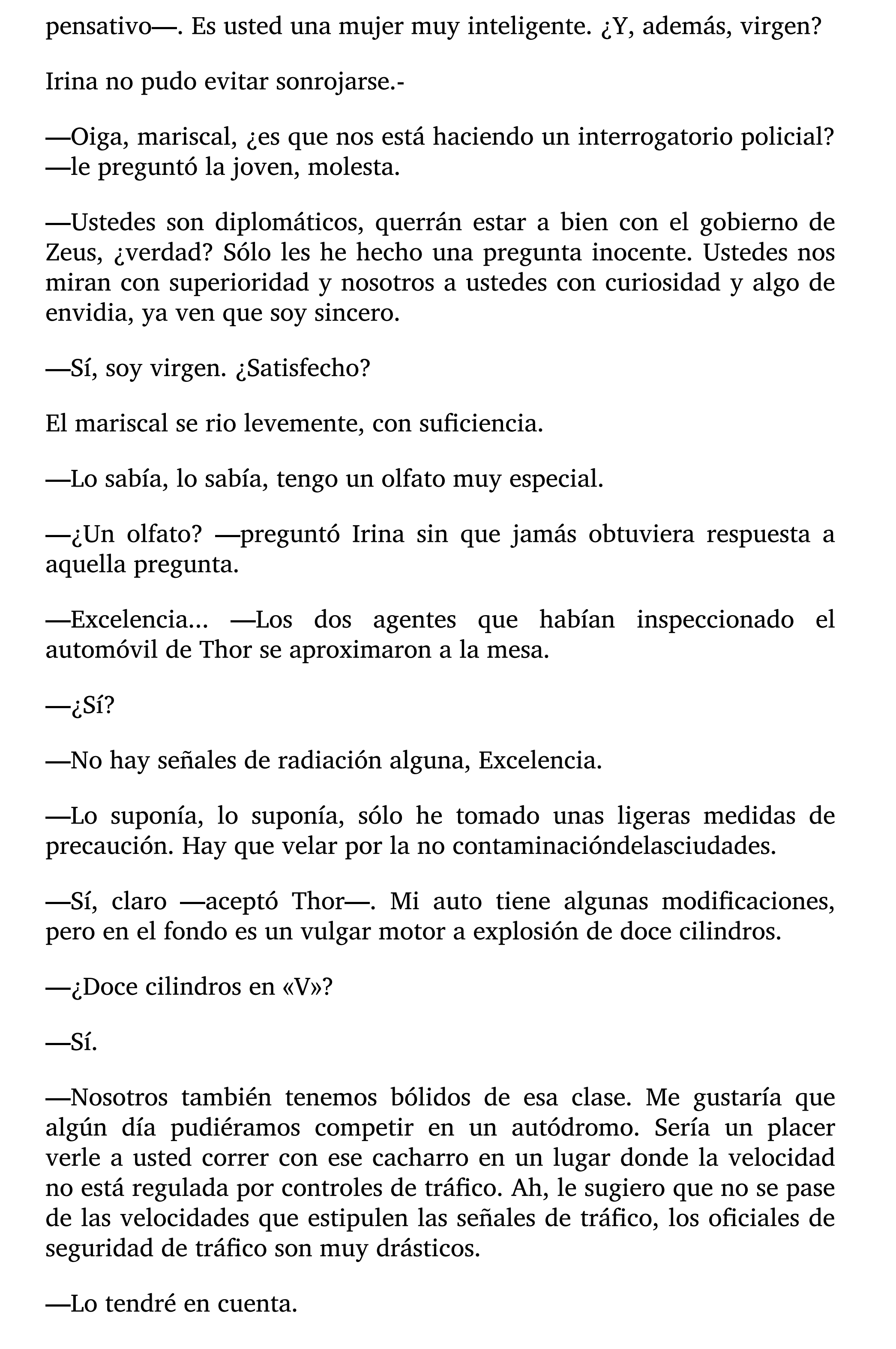
—Debe de ser usted un tipo muy listo, mayor, muy listo. Y usted, doctora Tavienevna, ¿podría saber qué coeficiente de inteligencia posee?

—¿Tengo que decírselo?

—Si no quieres decírselo, no lo hagas —le recomendó Ian Thor.

—Bueno, ¿por qué no? Ciento setenta y siete.

—Ciento setenta y siete, ciento setenta y siete —repitió con aire



pensativo—. Es usted una mujer muy inteligente. ¿Y, además, virgen?

Irina no pudo evitar sonrojarse.-

—Oiga, mariscal, ¿es que nos está haciendo un interrogatorio policial? —le preguntó la joven, molesta.

—Ustedes son diplomáticos, querrán estar a bien con el gobierno de Zeus, ¿verdad? Sólo les he hecho una pregunta inocente. Ustedes nos miran con superioridad y nosotros a ustedes con curiosidad y algo de envidia, ya ven que soy sincero.

—Sí, soy virgen. ¿Satisfecho?

El mariscal se rio levemente, con suficiencia.

—Lo sabía, lo sabía, tengo un olfato muy especial.

—¿Un olfato? —preguntó Irina sin que jamás obtuviera respuesta a aquella pregunta.

—Excelencia… —Los dos agentes que habían inspeccionado el automóvil de Thor se aproximaron a la mesa.

—¿Sí?

—No hay señales de radiación alguna, Excelencia.

—Lo suponía, lo suponía, sólo he tomado unas ligeras medidas de precaución. Hay que velar por la no contaminacióndelasciudades.

—Sí, claro —aceptó Thor—. Mi auto tiene algunas modificaciones, pero en el fondo es un vulgar motor a explosión de doce cilindros.

—¿Doce cilindros en «V»?

—Sí.

—Nosotros también tenemos bólidos de esa clase. Me gustaría que algún día pudiéramos competir en un autódromo. Sería un placer verle a usted correr con ese cacharro en un lugar donde la velocidad no está regulada por controles de tráfico. Ah, le sugiero que no se pase de las velocidades que estipulen las señales de tráfico, los oficiales de seguridad de tráfico son muy drásticos.

—Lo tendré en cuenta.

En aquel momento se acercaron dos oficiales que debían de pertenecer al cuerpo de seguridad porque también vestían las ropas negras del uniforme.

Se quedaron quietos, mirando y admirando el bólido deportivo de oro que pertenecía al terrícola Thor.

—¡Eh, muchachos, acercaos! —pidió Nakong.

Los dos oficiales avanzaron hacia la mesa y saludaron a Nakong cuadrándose dentro de lo que les permitían aquellos brazos tan largos cuyas manos casi rozaban el suelo, y podían tocarlo si lo deseaban. Incluso, podían correr como cuadrúpedos si les interesaba.

—Mayor Thor, doctora, éstos son mis hijos, el capitán Nacieng y el mayor Koteg; fíjese, mayor como usted. Dos espléndidos ejemplares zeusianos, ¿verdad? —dijo entre orgulloso v burlón.

Irina y Thor los miraron. Realmente, eran dos ejemplares corpulentos y muy fornidos. El mayor Thor les supuso, cuando menos, un duplo de la fuerza humana terrestre y su aspecto era tan feroz como el de su progenitor, aunque no tenían el sarcasmo ni el cinismo del mariscal.

—Parecen dos zeusianos muy fuertes.

—Lo son, mayor Thor. El mayor Koteg es un piloto de automóviles y aviones supersónicos excelente. Aunque ustedes crean lo contrario, poseen un elevado coeficiente de inteligencia, no tanto como el de la doctora Tavienevna, pero también muy bueno. Algo tenían que heredar de su padre.

—¿Y cuál es su coeficiente, mariscal? —le preguntó Irina agresiva y molesta, deseando ponerlo en evidencia como él la había puesto a ella con sus anteriores preguntas.

Mientras ellos hablaban, los ciudadanos de Zeus pasaban por las amplias aceras del bulevar, pero-al reconocer a Nakong, caminaban más rápidos y distanciados. Pese a que el automóvil allí aparcado les llamaba la atención, nadie se acercaba a él ahora. La guardia personal de Nakong permanecía muy vigilante.

Por la amplia calzada de doble dirección discurría un abigarrado tráfico de automóviles conducidos por los zeusianos.

Aquellos coches se rozaban unos a otros, la conducción de los zeusianos era pésima y solían insultarse sacando la cabeza por la

ventanilla. Pese a que los exámenes de conducción eran rigurosos, el coeficiente de aquellos seres era bajo. El promedio era inferior a cien y eso se traslucía en los accidentes de tráfico que no preocupaban excesivamente al público en general y sí mucho a los que se veían implicados en los mismos y a los vigilantes de tráfico que actuaban con mucha rudeza.

Pero, las amenazas del peso de la ley, a posteriori, ,no lograban frenar, el caos "ue allí reinaba.

De pronto, desde la acera opuesta y atravesando el tráfico a pie, corriendo, dos hombres gritaron como enloquecidos :

—¡Muera Nakong, muera Nakong!

Thor comprendió que corrían un inminente peligro y saltó empujando a Irina hacia el suelo, junto al coche de oro.

El propio Nakong también se arrojó al suelo, protegiéndose bajo la mesa de granito.

Abrazado a Irina, protegiéndola con su cuerpo, Ian Thor observó a los dos hombres que corrían hacia la mesa ante la que habían estado sentados poco antes.

En medio del caos del tráfico, tabletearon las ametralladoras.

Los dos terroristas brincaron en el aire. En sus manos llevaban sendos cócteles Molotov. Uno de ellos consiguió lanzarlo y cayó sobre la mesa, estallando y desparramando el fuego en derredor.

El otro cayó al suelo, inflamándose. Alcanzó a dos coches que se incendiaron con rapidez mientras los terroristas no conseguían llegar hasta el hombre qué ansiaban matar.

Las metralletas siguieron tableteando, furiosas y los dos caídos e incluso los que viajaban en los coches que habían quedado atrapados por el fuego, se llenaron de plomo mientras se escuchaban gritos en el bulevar donde las llamas despedían una densa humareda negra.

Ian Thor, que protegía a Irina, pudo ver algo que escapó a las miradas de los demás.

Al otro lado de la calle, un zeusiano que se hallaba dentro de un coche aparcado, se había escurrido en su asiento como escondiéndose. Al terrícola no le pasó desapercibida su actitud y la tuvo muy en cuenta.

—Bueno, ya ha pasado todo. Un par de fanáticos asesinos —comentó el mariscal Nakong que había escapado milagrosamente al fuego, lo mismo que sus hijos, el capitán Nacieng y el mayor Koteg.

Ian Thor ayudó a Irina a ponerse en pie y luego ambos observaron al mariscal.

Dos camareros de la cafetería, provistos de extintores, procedían a apagar el fuego producido por el cóctel Molotov.

—Mariscal, parece que hay zeusianos que no simpatizan demasiado con usted —comentó Ian Thor mientras la guardia personal de Nakong y otros agentes que habían aparecido de pronto hacían circular a los ciudadanos rápidamente por la acera del bulevar para que no se detuvieran a observar lo ocurrido.

—Siempre hay locos que pretenden utopías, pero ya han visto lo que les sucede a quienes osan atacarme.

Miraron al centro de la calle. Allí estaban los cuerpos caídos y llenos de plomo. El suelo estaba salpicado de sangre, tan roja como la de los terrícolas, pues en eso nosediferenciabanenabsoluto.

Dos coches que todavía estaban ardiendo mostraban sus hierros retorcidos.

—Sí, ya veo lo que les sucede —dijo Thor—. Y me temo que la gente no está aquí muy contenta.

—Espero que no se le ocurra propagar falsas noticias y calumnias, mayor Thor, y a usted tampoco, inteligente doctora Tavienevna. Tendría que tomar medidas contra ustedes, éste es mi planeta.

—Tengo entendido que su presidente se llama Dalanzaze.

—¿El presidente? Ah, sí, claro, Dalanzaze. El preside el senado. Es un viejo paternalista, por eso suceden estas cosas tan desagradables en plena calle. Hay muchos que opinan que el presidente Dalanzaze no es el hombre idóneo para gobernar Zeus.

Se rió descaradamente y luego, saludándoles, se alejó seguido de sus hijos.

Varios hombres armados quedaron allí, controlando la situación.

Ian Thor hizo una seña a Irina, indicándole que se dirigieran al coche.

Puso su mano donde se suponía que debía estar la cerradura y el automóvil se abrió automáticamente. Pasaron al interior del mismo y se alejaron con rapidez, pero sólo para dar la vuelta a una cuadra de edificaciones y volver al bulevar, en dirección contraria.

—¿Regresamos a la embajada? —preguntó Irina, preocupada por los acontecimientos en los que ellos mismos habían estado a punto de morir.

—No, aún no, tengo que ir de caza.

—¿De caza? —se asombró la joven.

—Sí, de caza, y estoy seguro de que al mariscal Nakong le hubiera gustado participar en ella.

Ante ellos, un automóvil salía con normalidad de su aparcamiento. Thor redujo la velocidad y . después se inició la persecución del zeusiano.

CAPITULO VI

—No me gusta Nakong.

Ian Thor volvió ligeramente la cabeza para mirar a Irina que iba sentada a su lado. El hombre, que se había fijado muy bien en el modelo y matrícula del coche que tenían delante y no le perdía de vista, respondió:

—A mí tampoco. Es un dictador nato, un tipo dominante que, como sus hijos, ha sacado físicamente muchos rasgos que nosotros en la Tierra llamaríamos gori-lescos y feroces. Por otra parte, en su caso se ha dado un alto coeficiente de inteligencia, anormal entre los zeusianos.

—Sí, eso me ha parecido. Su mirada muestra una vivacidad que no tienen los demás habitantes del planeta..

—Es un hombre dispuesto a subir a la cúspide del poder en Zeus si no lo liquidan antes.

—Hace un momento han estado a punto de achicharrarlo.

—Por lo visto, los terroristas carecen de armas. El control de las armas en este planeta debe ser muy severo.

—Ian, ¿sigues a ese coche que va delante?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó intrigada.

—Dentro va un zeusiano con el que quiero hablar.

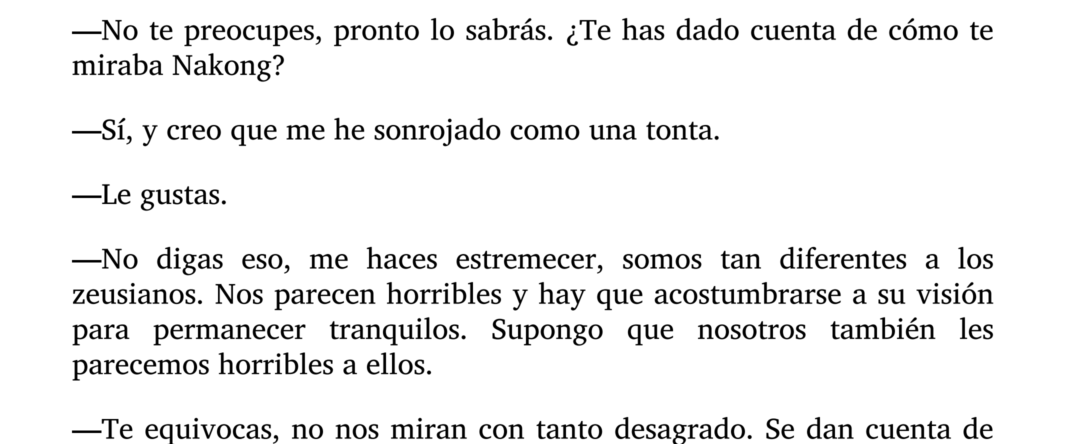
—¿Le conoces?

—No.

—¿Entonces...?

—Hasta que no hable con él no puedo decirte nada y me temo que va a ser difícil, estará muy receloso.

—Ian, tú sabes algo más que no quieres decirme.



—No te preocupes, pronto lo sabrás. ¿Te has dado cuenta de cómo te miraba Nakong?

—Sí, y creo que me he sonrojado como una tonta.

—Le gustas.

—No digas eso, me haces estremecer, somos tan diferentes a los zeusianos. Nos parecen horribles y hay que acostumbrarse a su visión para permanecer tranquilos. Supongo que nosotros también les parecemos horribles a ellos.

—Te equivocas, no nos miran con tanto desagrado. Se dan cuenta de que para vivir en una civilización tecnológica e industrial estamos más adaptados nosotros físicamente. Sus brazos tan largos son molestos, lo mismo que sus piernas tan cortas, y me temo que las mujerescomotú lesgustáismucho.

—Pues tendré que andarme con cuidado. Las preguntas de ese Nakong hansido muy directas.

—Sí. ¿Crees…? Bueno…

—¿Ibas a hacerme una pregunta?

—Sí.

—¿Delicada?

—Un poco —respondió Thor girando por una calle más estrecha, pero de tráfico más fluido.

El automóvil que tenía delante aumentó la velocidad y Thor hizo lo propio para no perderlo de vista. El zeusiano al que iban siguiendo se había dado cuenta de esta persecución. —¿Temes que me sonroje?

—No quiero ponerte en un aprieto.

—Vamos, Ian, ya no soy una niña.

—Sí y doctora en Ciencias Naturales, por lo que estimo que eres la persona idónea para responderme. Supongo que habrás venido muy preparada sobre los zeusianos, sus costumbres, su morfología, etcétera.

—Sí, es cierto, he venido muy preparada. Sigue.

—¿Y sobre sus leyes genéticas, sus apareamientos, también?

—Claro, es lo lógico.

—No son tan distintos de nosotros como pudiera parecer a simple vista, ¿verdad?

—No. En realidad, el fundamento cromosómico es el mismo, aunque, como es natural, en la herencia se dan sus cualidades específicas.

—¿Podría ocurrir que un apareamiento entre un zeusiano y una terrícola diera sus frutos lo mismo que sucede en la Tierra entre un negro y una blanca?

—Ian, eso está prohibido, lo sabes. Fue vetado por la asamblea general de la Confederación Galáctica.

—Sí, ya sé que está prohibido, pero es posible, ¿verdad?

—Teóricamente se supone que sí, aunque no se ha llevado a la práctica. La prohibición se hace extensiva hasta a los laboratorios en sus fases iniciales.

—Lo sé, pero si teóricamente es posible, ¿qué ocurriría?

—Pues, es de suponer que se seguirían las leyes mendelianas, es decir…

—Ya, dos mezclados y otros dos, uno pareciéndose a la madre y otro al padre, dentro de un cálculo de posibilidades.

—Eso es.

—Por lo que un ser nacido de esa unión, tendría, probablemente, pelaje morado, mandíbulas como las que ellos tienen, más propias de rinocéfalos, extremidades superiores posiblemente más cortas y un alargamiento de las inferiores, así como una elevación del coeficiente de inteligencia.

—En teoría, así sería.

—Eso era lo que yo suponía, por eso considero que Nakong es muy peligroso.

—¿Qué aberraciones estás imaginando, Ian?

—No son aberraciones mentales mías, pudieran ser realidades.

—Nolocreo,estáprohibido.

—Sí, claro, está prohibido —aceptó Thor para no tener que dar más explicaciones a Irina al respecto.

Habían salido ya de Zeusilia y rodaban por una carretera que serpenteaba junto a los acantilados.

—Vamos a correr un poco más, ese zeusiano tiene mucha prisa y creo que nos estamos alejando demasiado.

Apretó el acelerador y su bólido aumentó la velocidad fácilmente. Por más que intentó dejarles atrás el coche que les precedía, no lo consiguió.

Thor se puso a su altura y le dijo:

—¡Párese, quiero hablar con usted, párese!

El otro automóvil efectuó un viraje brusco que empujó al coche de Ian contra el acantilado.

Irina ya se vio precipitada al vacío, contra las rocas que se hallaban abajo, batidas por el océano.

Ian Thor movió una palanca hacia la derecha y se desplazó la barra longitudinal equilibradora de aquel automóvil ideado por él.

El vehículo, ante el terror de Irina que ya se veía despeñada por el mortífero acantilado, rodó con sólo dos de sus ruedas, al borde mismo del abismo mientras las otras dos giraban sobre el vacío, sin tocar parte alguna.

El auto no se inclinó sino que conservó su estabilidad por espacio de los cuatro interminables segundos que duró aquella increíble situación hasta que regresó al asfalto, ante el asombro del zeusiano que creía haberse desembarazado ya de los terrícolas.

—Ahora verá ese tipo. Quiere pelea y la tendrá...

Ian movió la palanca equilibradora, poniéndola en su punto cero y pisó a fondo el acelerador.

Alcanzó al otro vehículo por el parachoques posterior y éste semejó quedar enganchado. Resultó patente entonces la diferencia de potencia y velocidad entre los dos coches.

El zeusiano comprobó que su auto ya no le obedecía. Era como si lo hubiera atrapado un monstruo contra el cual no podía luchar ni escapar.

Ian Thor lo sacó del asfalto y lo hizo subir por una ladera hasta detenerlo frente a una roca contra la que el zeusiano creía iba a estrellarse. Se cubrió el rostro con sus largos brazos ante el estallido que creía inminente, pero no sucedió lo que temía.

Su coche quedó detenido a unas pulgadas de la roca. Luego, su propio motor estrelló el vehículo contra ella pero ya sin fuerza y quedó inmovilizado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntóIrinaTavienevna.

El zeusiano saltó de su coche y echó a correr. Ian Thor abandonó también su automóvil, reforzado bajo la plancha de oro con acero plástico; no mostraba la más mínima huellade colisión.

Thor empleó sus dotes atléticas y saltó por encima de una roca cuando el *anthropus pithecus* de vello morado empleaba sus cuatro extremidades para avanzar más aprisa. Thor saltó sobre él y ambos rodaron sobre el suelo pedregoso.

El terrícola sabía que debía de tener mucho cuidado con las fauces de su adversario, poderosamente armadas.

Las mandíbulas del zeusiano intentaron atrapar en varias ocasiones las manos y el cuello de Thor, pero éste supo escapar a tiempo de cada dentellada.

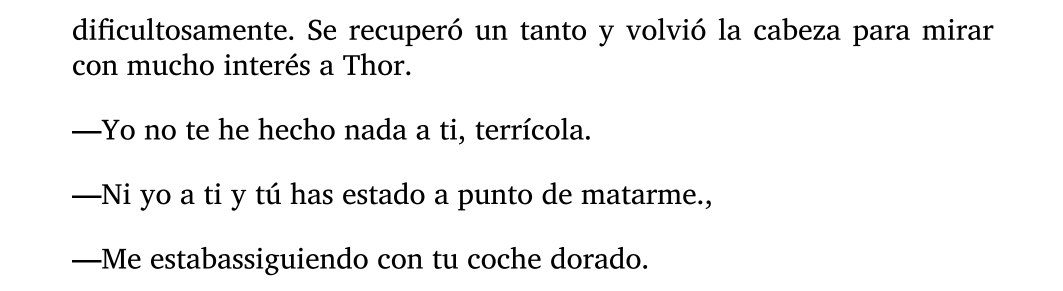
Empleó varios golpes de karate, sabiendo muy bien dónde golpearle. Luego, hizo una presa en el cuello del zeusiano y consiguió sujetarlo.

—Quieto o te parto el cuello —le advirtió Thor jadeante.

El zeusiano manoteó en el aire, pero bajó sus manos, dándose por vencido mientras una ligera espuma asomaba entre sus colmillos. Se estaba asfixiando; la presa de Thor podía ser mortal si no aflojaba.

—No soy tu amigo, tampoco tu enemigo —le dijo Thor—. Sólo pretendo hablar contigo y no entregarte. Te voy a soltar y me vas a escuchar. Si no lo haces, tendré que matarte.

Desde el automóvil de oro, Irina vio como Ian Thor soltaba al zeusiano. Este se tambaleó y al fin cayó sentado, respirando



dificultosamente. Se recuperó un tanto y volvió la cabeza para mirar con mucho interés a Thor.

—Yo no te he hecho nada a ti, terrícola.

—Ni yo a ti y tú has estado a punto de matarme.,

—Me estabassiguiendo con tu coche dorado.

—Te he visto en el bulevar. Estoy seguro de que eres uno de los terroristas que querían matar a Nakong.

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente. Te he visto esconderte dentro del coche cuando freían a tiros a tus compañeros. No me interesan vuestros problemas, yo no he de intervenir de un lado ni de otro.

—Entonces, ¿para qué me has seguido?

—Supongo que tenéis un grupo organizado que trata de exterminar a Nakong.

—Nakong tiene sojuzgado al presidente que ya no es el que era. Ahora es sólo un títere en las manos del mariscal. Queremos elecciones y Nakong se opone. Mantendrá vivo al presidente Dalanzaze hasta que deje de interesarle y algún día se apoderará de todo directamente, sin subterfugios.

—Es posible, le creo capaz de ello; no obstante, los problemas de Zeus debéis solventarlos por vuestros propios medios. Según los pactos y tratados de la Confederación Galáctica, ninguna confederación autónoma puede intervenir en los planetas foráneos.

—¿Qué es lo que quieres, terrícola?

—Hablar con tu jefe.

—¿Para qué, para vendernos a Nakong?

—En absoluto, me atendré a las normas que vosotros impongáis para la entrevista con tu jefe. Quiero pedirle un favor. Si me lo concede, yo intentaré expresar mi agradecimiento de alguna forma que os compense.

—¿Compensar, cómo?

—De eso ya hablaremos en su momento. Si aceptáis poneros en contacto conmigo, ya sabéis dónde encontrarme. La embajada terrestre en Zeusilia es mi residencia.

Ian Thor regresó al automóvil donde le aguardaba Irina y subió al mismo. Hizo marcha atrás y regresó a la carretera.

—Ahora sí que regresamos a la embajada. Haremos el recorrido despacio y podremos saborear el viaje junto a los acantilados.

—Ian...

—¿Hum?

—¿Qué has hablado con ese zeusiano?

—Le he pedido una entrevista.

—¿Una entrevista, con quién?

—Con la zeusiana más guapa que encuentre.

—¿Qué? —se alarmó la joven—. ¿Lo que me has preguntado antes acerca de las leyes genéticas y los apareamientos no será para...?

Ian Thor se echó a reír mientras el automóvil dorado avanzaba ¡unto a los acantilados y el sol hacía brillar las aguas del océano de Zeus.

CAPITULO VII

Pai-Tien recibió al mayor Ian Thor en la antesala del despacho del embajador plenipotenciario de la Confederación Solar en Zeus.

—Me temo, mayor Thor, que los embajadores están algo disgustados.

—¿Por qué?

—Eso se lo dirá el embajador Demosthenes. El embajador relevado, que permanece en su despacho para asesorarle hasta el día en que el Mamut Interstar regrese a nuestro sistema solar, está con él, y conoce muy bien elgobiernode Zeus.

—¿Se han recibido quejas del gobierno de Zeus respecto a mí?

—Todavía no han dicho que sea usted persona non grata.

Pai-Tien le condujo al despacho del embajador. Allí no había dos personas sino tres, y a Thor no le extraño la presencia del general Rotson, quien le prodigó una mirada entre hostil y suficiente. Era obvio que aquel burócrata de la milicia no le digería bien.

—Pase, pase, mayor Thor —le dijo el embajador Demosthenes que se hallaba tras la gran mesa. Junto a él, en otra butaca, estaba el embajador que debía regresar a la Tierra, cumplida su misión en Zeus.

El embajador Demosthenes ocultó por un momento su rostro en la mano izquierda. Estiró los pliegues externos de sus ojos mientras fruncía los párpados en unaactitud de cansancio. Iba a hablar, pero el general Rotson se le adelantó.

—Ya le he dicho, mayor Thor, que se iba a buscar problemas.

—¿Y qué problemas me he buscado yo? —inquirió Thor.

—Mayor —dijo el embajador, atajando con un gesto de su mano al general que se disponía a hablar de nuevo.

—Sí, Excelencia.

—No nos están permitidos los exhibicionismos. No es correcto ni ético hacer gala de nuestra superioridad tecnológica enZeus, provocando envidias. Usted lo sabe.

—No hago exhibicionismos. Excelencia.

—¿Ah, no? —casi gruñó el general Rotson—. ¿Y ese automóvil de oro que lleva?

—Sólo es de oro la plancha externa, para resistir los agentes atmosféricos, así ya no se tiene que pintar. No podía traer un coche con una carrocería de acero especial, ellos comenzarían a investigarla; en cambio, el oro ya lo conocen.

—Ha de aceptar, mayor, que su bólido deportivo es un poco digamos ultramoderno o muy avanzado para la mentalidad de los zeusianos —le objetó el embajador Demosthenes.

—En nuestra Confederación ya no se emplean cacharros como ése. Tuve que ir al museo de la mecánica, sacar planos e ir a un taller artesano para que me lo construyeran. En nuestra Confederación Solar, ese bólido es sólo una pieza de museo. Gasta combustible líquido, igual que los que usan aquí. Tiene doce cilindros y algunas perfecciones técnicas de mi cosecha para darle mayor estabilidad, seguridad y velocidad. En fin, algunas cosillas que podríamos llamar accesorias. El motor, básicamente, es idéntico al que fabrican en Zeus y el sistema de transmisión y desplazamiento, por arcaicas ruedas neumáticas, lo que sucede es que el diseño es mío. Creo que ellos también tienen aquí modelos especiales, automóviles que no son de serie.

—Creo que tiene usted razón, mayor —aceptó el embajador Demosthenes—. Entre todos estamos dando una importanciaexcesivaaesteasunto.

—¿Cómo, Excelencia? —protestó el general Rotson, envarándose.

—Por favor, general, permítame continuar. —Demosthenes miró a Thor y añadió—: También el mariscal Nakong le da mucha importancia y me ha pedido autorización para que le deje a usted participar con su bólido en una carrera en el autódromo de Zeusilia.

—¿Yo en una carrera, compitiendo entre los zeusianos? —preguntó Thor enarcando las cejas.

El general Rotson palideció.

—Excelencia, no me había informado nada al respecto.

—Pues, ya lo sabe, general. En cuanto a usted, mayor, es libre de

participar o no en esa carrera.

—*Me* gustaría informarles sobre el particular —intervino el embajador que era relevado y que permanecía en su puesto como asesor—. Esas carreras de automóviles son de trescientas millas, pero muy duras. El autódromo es sinuoso y muy peligroso y durante la carrera, están permitidos todos los trucos y artimañas. Los zeu-sinos poseen un elevado tanto por ciento de ferocidad en su temperamento que, poco a poco, va evolucionando y como la civilización tecnológica les viene un poco grande todavía, desahogan parte de esa ferocidad en diversiones competitivas como ésa, ya que la asamblea de la Confederación Galáctica prohíbe lo equivalente a nuestro circo romano. Ello, no implica que no se produzcan peleas que llegan hasta la muerte, pero los participantes nunca están sometidos a ningún amo o patrón, son libres de competir o de abstenerse. Quiero decirles que no estimo oportuno que el mayor Thor compita en esa carrera en la que el hijo del mariscal Nakong, el mayor Koteg, es un ídolo. Suelen perecer entre el diez y el veinte por ciento de los corredores y aquí, la muerte de un participante no se tiene en cuenta. Incluso, los bólidos van trucados en sus motores y carrocerías. El que se estrella es retirado de la pista y nada más. Aunque ,el coche se haya convertido en un montónde hierroscarbonizadosyretorcidosyentreellos haya un cadáver incinerado, nadie le da excesiva importancia.Es parte del espectáculo.

—¿Cree que el mariscal Nakong quiere verle a usted muerto, mayor?

Ante aquella pregunta del embajador Demosthenes, Thor se dispuso a responder, mas se le adelantó el general Rotson.

—Es lógico. Le ha tomado ojeriza porque se ha ido exhibiendo por Zeusilia como un ser de raza superior, como un semidiós.

—No creo que sea eso. Excelencia, simplemente querrá comprobar las posibilidades de mi máquina. Después de todo, si el mariscal pensara que hay que morir seguro en esa carrera, no dejaría que su hijo fuera uno de los participantes.

—Yo podría haber declinado la invitación e impedirle a usted que corriera; no obstante, si su máquina reúne condiciones y usted lo juzga conveniente, es decisión de usted participar o no.

—No crea que va a vencer, mayor —le advirtió el embajador asesor—. Ellos también tienen bólidos que ruedan a una gran velocidad dentro de los motores convencionales como el de usted y el mayor Koteg es un magnífico piloto, yo le he visto correr. Ese y la lucha en el plato

son los deportes reyes en Zeus.

El ex embajador explicó:

—Es como una lucha libre, pero en vez de un cuadrilátero se desarrolla dentro de un círculo que parece un plato. El público se acomoda en butacas situadas en plano inclinado y ascendente alrededor, como cualquier pabellón de deportes o de boxeo terrícola, con la salvedad de que el plato está a ras de suelo.

—Comprendo, Excelencia. —Miró a Demosthenes y dijo—: Puede notificar mi deseo de participar en la carrera de bólidos.

—¿Y si le matan, qué sucederá? —preguntó irritado el general Rotson.

—Pues, que la muerte del mayor Thor será considerada un accidente deportivo —puntualizó Pai-Tien que hastaaquelmomentohabíapermanecidoensilencio.

—Eso es, un accidente deportivo. ¿Se da cuenta de ello, mayor Thor?

—Sí, me doy cuenta de muchas cosas. El mariscal Nakong es un opresor nato con un elevado coeficiente de inteligencia; nos odia por ser, de promedio, una raza superior a la suya y desea vencernos, humillarnos al precio que sea.

El general Rotson, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo, se acomodó mejor en su butaca. Sonriendo, dijo:

—Entonces, no sería mala cosa que el mayor Thor perdiera. Así, ellos no se sentirían tan heridos y reforzaríamos las relaciones diplomáticas.

Thor frunció el ceño.

—Supongo que su Excelencia no me pedirá que pierda, ¿verdad?

—No, no le he pedido tal cosa. Nosotros proporcionamos tecnología a los zeusianos, tecnología que comercializamos llevándonos de aquí las materias primas que nos son más necesarias, pero ello nada tiene que ver con que usted gane o pierda, eso es asunto suyo. Poseemos un departamento cultural que trata de proporcionarles todas las enseñanzas posibles; si usted se considera capaz de enseñarles algo deportivamente...

—No creo ser maestro de nada, Excelencia.

—Sin embargo, debe usted tener cuidado. Conozco lo sucedido en el

bulevar, cuando atacaron al mariscal Nakong. Sabemos que existen grupos disidentes de la política actual y no es de nuestra incumbencia intervenir en ella, somos neutrales. Sólo la asamblea de la Confederación Galáctica puede interceder con sus recomendaciones, no nosotros, los de la Confederación Solar, los que básicamente somos terrícolas. Tenemos relaciones diplomáticas con el actual gobierno de Zeus y si ellos lo cambian, sea del modo que fuere y mientras el gobierno que le suceda sea estable, seguiremos comerciando. No protegemos a ningún zeusiano para que ostente el poder. En más de una ocasión, un zeusiano ha tratado de recabar nuestra protección a cambio de muchas promesas, pero siempre han sido rechazados. Nuestraproteccióna un zeusianoseríadecisiva,puesnuestra tecnología es muy superior y también nuestras fuerzas militares astrales, por ello nos abstenemos de prestar ayuda.

—Comprendo, Excelencia. Presencié el suceso y no hice más que ponerme a salvo junto con la doctora Tavienevna. El ataque fue súbito e inesperado, mas no intervenimos en él, es decir, no protegimos en absoluto la vida del mariscal ni atentamos contra ella.

—Bien, así debe ser.

El general Rotson, molesto porque la entrevista no se había desarrollado como él deseaba, pues el mayor Thor no había recibido una reprimenda oral, se apresuró a decir en torno de queja al embajador:

—Excelencia, tengo mucho trabajo burocrático atrasado y no estaría de más que dijera al mayor Thor que colaborara más estrechamente conmigo, ya que pertenece a mi departamento;

—Lo lamento, general Rotson, tengo órdenes concretas de nuestro gobierno de dejar trabajar al mayor Thor encompleta autonomía.

—Muchas gracias por puntualizar ese detallito, Excelencia —dijo Thor sonriendo—. Ahora, si no tiene nada más que decirme…

El embajador denegó con la cabeza y Thor abandonó el despacho sabiendo que estaba comprometido en una durísima carrera de bólidos en el autódromo de Zeu-silia.

CAPITULO VIII

Irina Tavienevna había aceptado la invitación de Ian Thor para asistir al estreno de una ópera que se ofrecía en el Gran Teatro de Zeusilia.

Presenciaron el espectáculo desde la platea y en el palco presidencial pudieron ver al mismísimo Dalanzaze. Era un zeusiano de edad muy avanzada que trataba de mantener en sus labios una sonrisa constante. Cualquiera podía darse cuenta de que era un ser acabado. A su lado, en plenitud de fuerzas y vigor, estaba el mariscal Nakong, el. hombre fuerte del gobierno.

La ópera estrenada no era una copia de las óperas terrícolas, aunque su música sí se había estructurado aprovechando retazos de distintas obras y autores y no podía decirse que hubiera salido una maravilla.

Mezclar a Verdi con música de Beethoven y a Puccini con Mussorgski no daba como resultado un conjunto demasiado armónico; sin embargo, a los zeusianos parecía darles lo mismo.

Allí, en el Gran Teatro, estaba reunida la flor y nata del planeta Zeus.

Thor e Irina no eran los únicos terrícolas que presenciaban la obra; incluso había miembros de otras embajadas de la Confederación Galáctica, seres inteligentes pero más diferenciados físicamente de lo que pudieran estarlo los zeusianos y terrícolas.

La ópera representaba una alegoría sobre la dicha de un pueblo que se dejaba gobernar por un zeusiano queles ofrecía bienestar, comida y paz, un zeusiano fuerte e inteligente.

No era preciso cavilar mucho para darse cuenta de que el texto de la obra había sido escrito por un apologeta que escribíaal dictado del mariscal Nakong.

—Esto es horrible —no pudo por menos que opinar Ian Thor—. ¿Qué te parece si nos vamos en el próximo entreacto? Si no, tendremos que soportar la apoteosis final con la figura del mariscal Nakong, pues se puede identificar claramente al protagonista de la obra con él.

—Si nos ven marchar se pueden molestar, Ian.

—No hemos sido invitados oficialmente, hemos pagado nuestra

entrada, por lo que tenemos el derecho de salir cuando nosvenga en gana.

—La verdad es que tienes razón, no hay quien aguante este espectáculo; no entiendo como el presidente Dalanzaze lo consiente y, además, apoya con su presencia.

—Ese presidente ya no manda nada, ha perdido todo su poder.

Al llegar a uno de los entreactos, salieron al vestíbulo.

Antes de que pudieran alcanzar la salida, se les acercó el propio mariscal Nakong que se movía a sus anchas, entre otras cosas porque cada puerta, cada ventana del Gran Teatro de la Opera, estaba custodiado por uno de sus hombres, bien armado.

—Hola, mayor Thor, doctora Tavienevna…

Irina sintió miedo ante aquellos ojos de color violeta que la escrutaban con evidente deseo, ya sin disimulos. Parecía que el mariscal la consideraba de su propiedad.

—¿Ha sido idea suya escribir ese texto, mariscal? —le preguntó Thor irónico.

—A usted no se le puede engañar, se nota mi mano, ¿eh? —Se rió—. Hay que enseñar a esos patanes qué es lo bueno.

Alzó sus manos y puso aquellos dedos, situados a los extremos de los largos brazos, sobre el hombro de Thor y otros en el hombro de Irina. Parecía un gesto amigable del mariscal hacia ellos, pero la joven sintió que los dedos de Nakong jalaban un poco del tirante de su vestido de noche y, al alzarlo, movía un tanto sus senos. Le irritó.

—Mayor Thor, ya me han comunicado que va a participar usted en la gran carrera de bólidos en competencia con mi hijo Koteg.

—Así es, mariscal. Confío que no haya que lamentar ningún accidente desagradable.

—Sí, eso es lo que se espera siempre, pero ya le habrán advertido que en esa carrera los accidentes son inevitables.

—Sí, eso me han dicho.

—¿Y no tiene miedo?

—No, ¿por qué habría de tenerlo?

—Ya, supongo que usted ha participado en competiciones muy peligrosas y en arriesgadas expediciones interestelares. Mejor, así tendremos ocasión de ver luchar a un gran terrícola entre nuestros mejores pilotos.

Irina dio un ligero tirón y se zafó de la mano de aquel hombre gorilesco o gorila humanoide. El mariscal sonrió.

—Bueno, ustedes me disculparán, tengo que hablar con varias personas.

Caminaron en círculo y, de pronto, Thor la cogió de la mano y dijo:

—Salgamos de aquí ahora que no nos vigilan.

El aire de la calle era más cálido que el que había dentro del teatro que estaba refrigerado.

—Por calor se está peor en la calle, pero me alegro de haber salido, ese mariscal es repugnante.

—Si no estuviera en misión diplomática, le hubiera dado un puñetazo entre los dientes a ese gorila violeta —gruñó Thor.

—¿Por qué?

—Porque te ponía la mano encima muy intencionadamente. Está visto que se ha engolosinado contigo.

—Me da miedo. Ese ser es capaz de violar todas las leyes y pactos con tal de salirse con la suya.

—A mí también me lo parece.

Caminaron hacia los aparcamientos, pero el vigilanteno estaba. Más tarde lo encontrarían bajo un coche, con un golpe en la cabeza.

De pronto, les salió por delante el zeusiano al que habían perseguido por los acantilados.

—Terrícolas, seguidme —dijo.

Irina miró a Thor preocupada.

—Si me voy y mi coche se queda estacionado aquí, los hombres de

seguridad del mariscal observarán que algo raro ocurre.

El zeusiano no vaciló;en tono bajo, repuso:

—Hemos pensado en eso. Salid en vuestro coche; más adelante encontraréis un camión con la puerta posterior abierta y una rampa. Si deseas ver a mi jefe, mete el coche dentro del camión y no salgas para nada, déjate llevar.

—Deacuerdo, seguirélasinstrucciones.

El zeusiano se alejó rápidamente, inclinando su cuerpo y adquiriendo una postura simiesca a los ojos de un terrícola.

—Irina, regresa al interior del teatro y vuelve a la embajada con Pai-Tien. Le dices que he tenido que hacer algo muy urgente.

—No, yo voy contigo.

—Puedeser peligroso.

—Son_ los terroristas, ¿verdad?

—No sé si son terroristas o sólo disidentes. En fin, no -quiero ocultarte que pueden haber muchos problemas.

—Voy contigo —dijo resuelta, tan decidida que Thor le pasó la mano por la cintura y aceptó:

—Está bien, ven, ya veremos qué ocurre.

Montaron en el coche dorado y se alejaron del aparcamiento. Ya en la calle, no tardaron en divisar un camión que encendió una luz intermitente en su parte posterior.

—Ahí va. Nos meteremos en el cepo, no tengas miedo. —A tu lado no lo tengo, Ian.

El automóvil ascendió por la pequeña rampa, introduciéndose en el camión.

Unoszeusianosaparecieronentrelastinieblasnocturnas y se apresuraron a cerrar el camión que inició la marcha, alejándose.

Thor apagó los focos de su automóvil, encendiendo la luz interior que era de un suave color ámbar.

—¿Qué esperas obtener de esos disidentes del gobierno de Nakong, bueno, quiero decir del presidente Dalanzaze?

—Es más exacto decir del mariscal Nakong, Irina.

—No me has explicado qué estás buscando, porque tú buscas algo.

—Sí, busco algo. Será mejor que tengas paciencia, Irina.

—Lo intentaré.

—¿Sabes que no podemos culpar a Nakong?

—¿Culpar, de qué?

—De que se haya fijado en ti, de que te desee.

—¿Lo he de tomar como un halago?

—Tómalo como quieras, pero ahora que estamos aquí, encajonados, me voy a aprovechar de ti.

—¡Ian!

—Antes de que se pueda aprovechar un zeusiano, voy a hacerlo yo.

—Oye, quieto, no te irás a aprovechar de lo que dije a Nakong, ¿verdad?

—Pues sí, la verdad.

Se inclinó sobre ella y buscó su boca, lo que no fue difícil. La besó. Irina no le rechazó, sino que le rodeó el cuello con sus manos. Luego, sus dedos fueron subiendo por entre los cabellos del hombre, acariciando su occipucio.

La caricia fue larga, muy larga; sólo quedó cortada al detenerse el camión en alguna parte que ellos no conocían.

—Creo que hemos llegado —observó él, ligeramente jadeante.

—Ian, Ian, ¿qué va a pasar ahora?

—No lo sé.

El camión volvió a ponerse en movimiento, lentamente y con la primera marcha.

—Debemos estar metiéndonos en alguna parte, un garaje o algo por el estilo —opinó Thor.

Al fin, el camión se detuvo y abrieron la parte posterior del mismo.

Junto al coche subió el zeusiano qué Thor ya conocía y que a Irina le parecía igual a los otros.

—¿Qué sucede? —preguntó Ian bajando el cristal de la ventanilla.

—Puede dejar el auto aquí dentro.

—De acuerdo, no creo que me lo robéis. Es un coche que se ve inmediatamente y los hombres de Nakong saben que me pertenece.

—No queremos robarte, terrícola. Tú querías hablar con nuestro jefe y él está esperando.

—De acuerdo.

Thor abrió la portezuela y salió del coche. Vestía un smoking blanco e Irina, un traje de noche negro brillante con entramado de hilos de oro que armonizaba con el blanco aterciopelado de su piel y el rubio platino de sus largos cabellos.

Estaban dentro de una especie de almacén donde había varios coches bastante viejos. También podían verse muchas cajas amontonadas.

Allí había varios zeusianos que tenían armas blancas, cadenas y bolas con pinchos.

—¿Nos atacarán? —inquirió la joven, nerviosa.

Aquellos seres tenían un aspecto algo desesperado dentro de su quietud. Estaban flacos, pero parecían fuertes y muy amenazantes con sus contundentes armas.

Irina cogió la mano de Thor, sentía cierto temor. Si aquellos seres les atacaban, morirían de forma horrible, apaleados y acuchillados. Aquellos hombres debían sentirse acosados, por ello estaban allí, ocultos en aquel sucio almacén como si fueran ratas.

El sótano estaba iluminado por una bombilla amarillenta.

Al fin, vieron una mesa ajada, pequeña. Sentado tras ella en una silla muy recta y que debía ser incómoda, un zeusiano, aún más delgado que quienes estaban tras él, como protegiéndole de cualquier ataque

imprevisto.

Aquel ser semejaba tener más años que los demás,su pelaje morado encanecía. Sin embargo, aún estaba pleno de vitalidad.

Thor escrutó sus ojos buscando la chispa de la inteligenciay la encontró, y en más cantidad que en el resto de pupilas. Era difícil determinar si aquel hombre era más inteligente que el mariscal Nakong o menos, tampoco se podía decir que quienes se hallaban tras él fueran torpes. Todos parecían poseer algo más de inteligencia que los ciudadanos que habían visto por las calles de Zeusilia, aquellos seres que no cesaban de provocar embotellamientos de tráfico y colisiones que no eran mortales por la poca velocidad que conseguían.

—Terrícolas, yo soy Sakiang —se presentó a sí mismo el hombre de la mesita.

Ian Thor le preguntó, como dando de antemano la respuesta por sabida:

—¿El cabecilla de la oposición clandestina?

—No hay más oposición a la demagogia de Nakong que nosotros. Somos el movimiento creado para que volvamos a tener en Zeus un presidente elegido por losciudadanos, como corresponde.

—Según parece, ya tenéis un presidente electo —objetó Thor.

Sakiang rió levemente, con sarcasmo. Aquél era un rasgo de profunda inteligencia.

--Dalanzaze es un títere en manos de Nakong. Su período de mandato expiró y Nakong lo mantuvo en el poder con unas falsas elecciones. Lucharemos hasta ser ciudadanos libres.

Irina miró a aquel ser que quizá tenía un aspecto menos gorilesco que Nakong, entre otras cosas porque era más delgado y no irradiaba la ferocidad del mariscal. Aquel zeusiano parecía sincero y honesto.

—Ya sabes, Sakiang, que la Confederación Solar no puede inclinarse por unos ni por otros. Cada sistema ha de resolver sus problemas políticos internos por sí mismo, mientras no ataque a otros extranjeros.

—Nakong no cometerá el error de atacar a ningún extranjero —opinó Sakiang.

—Quizá lo haya cometido ya.

Ante aquella observación de Thor, todos se lo quedaron mirando muy interesados e intrigados, hasta la mismísima Irina que sabía que Thor tenía algo importante que aclarar y ella ignoraba de qué se trataba.

—Explícate —le pidió Sakiang.

—Estoy buscando a unas terrícolas.

Sakiang señaló a Irina que no se sentía molesta por las miradas de aquel líder en la clandestinidad. Las sensaciones frente a él eran muy distintas a las que podía experimentar ante Nakong.

—¿Terrícolas como ella?

—Sí, terrícolas hembras —puntualizó Thor.

—¿Quieres decir que en Zeus hay terrícolas hembras en alguna parte que no es vuestra embajada?

—Sí, eso quiero decir. Si comienzo a buscarlas, podría ser que las encontrara, pero me llevaría demasiado tiempo. Yo supongo que vuestro movimiento está extendido por todo el planeta.

—Puedes estar seguro de ello. No es que seamos demasiados los que luchamos, pero el pueblo, cuando logremos restablecer nuestra democracia, se pondrá denuestrolado.

—Lo supongo, siempre ocurre igual —aceptó Thor—. Bien, si tenéis contactos por todo el planeta, si entre todos estiráis las orejas y abrís los ojos, puede que descubráis el lugar donde están las terrícolas.

—¿Quieres decir que esas terrícolas han sido raptadas por zeusianos?

Thor se arriesgó. No podía estar seguro, pero tenía que parecer que lo estaba o no obtendría la colaboración de aquellos zeusianos que odiaban a muerte al mariscal Nakong.

—Sí, creo que sí. Las estoy buscando pero sin dar la alarma general. Vosotros podéis ayudarme.

—Seamos prácticos. Si encontramos a esas terrícolas…

—Sakiang —intervino uno de sus seguidores.

—¿Sí?

—Existe la leyenda de las niñas extranjeras.

—Es cierto, pero se trata de niñas, no de mujeres terrícolas.

—Bueno, cuando fueron raptadas eran niñas, es desuponer que habrán crecido —puntualizó Thor—, ¿Qué dice esa leyenda?

—Pues, que las niñas extranjeras cambiarán el poder de los zeusianos, algo así.

Thor se convenció entonces de que no iba tan desencaminado.

—Esas niñas fueron raptadas v vendidas. ¿Dónde están?

Sakiang miró a su seguidor, el que había recordado la singular leyenda.

—No se sabe, es como un cuento.

—Ya lo habéis oído, terrícolas, no se sabe nada, pero os prometo que averiguaremos cuanto sea posible si obtenemos algún beneficio con ello, hemos de ser pragmáticos.

—Comprendo, pero mi gobierno no puede ponerse de vuestro lado. Pisotearíamos los tratados de la Confederación Galáctica; sin embargo...

-¿Qué?

—Si encontramos a las chicas terrícolas y se demuestra que Nakong es culpable de que estén aquí raptadas, caerá de su pedestal. Entonces estará justificada la intervención de los terrícolas, aunque sea de forma muy localizada.

—Parece que el trato puede ser favorable para nosotros —aceptó Sakiang—. Buscaremos a las hembras terrícolas; sin embargo, no es seguro que demos con ellas. Hasta ahora sólo son una leyenda en Zeus, nadie las ha visto.

—Me basta tu palabra de que las buscaréis, de que todos tus seguidores escudriñarán hasta el último rincón del planeta y cuando sepáis dónde están, no intervengáis. No quiero que ninguna de las terrícolas corra peligro. Me lo comunicaréis a mí personalmente. Si Nakong se entera, podría matarlas a todas y hacer desaparecer sus cadáveres para que jamás se le pudiera acusar del rapto.

—De acuerdo, terrícola. Si las descubrimos, te lo diremos.

—Entonces, no hay más que hablar. Te agradecería que este encuentro no trascendiera en absoluto. Los terrícolas podríamos ser acusados de meter las narices en vuestra política.

—Mis seguidores son leales. Muchos de ellos han visto caer a sus hermanos y padres en la lucha contra Nakong. Además, hay campos de trabajos forzados donare se confina a las hembras, obligándolas a cultivar la tierra o a trabajar en horribles industrias que muerden su salud hasta matarlas.

—Vuestra lucha es justa y sólo puedo desearos suerte.

Thor alargó su mano; el zeusiano extendió su largo brazo por encima de la mesa y las dos manos se estrecharon con firmeza.

Mientras, Irina Tavienevna pensaba en el interrogatorio al que iba a someter a Ian Thor a su regreso a la embajada.

CAPITULO IX

Irina había escapado como había podido del acoso del general Rotson que sólo quería hablarle mal de Ian Thor. Era obvio que el general ansiaba desprestigiar a Thor que se le había escapado de las manos con las que pretendía sujetarlo, sin darse cuenta de que el mayor no era hombre que pudiera quedar sujeto bajo el dominio de un burócrata miliciano.

Ahora, Irina sabía lo que Thor buscaba. Se lo había explicado con detalles, puesto que ella ya conocía algo sobre la búsqueda de las niñas desaparecidas del Sequoias College.

Aquella noticia la preocupó, por lo que recurrió a la computadora ya cálculos en la misma, buscando una respuesta al posible apareamiento entre zeusianos y terrícolas.

Su computadora cultural tenía los datos suficientes: sangre terrícola y zeusiana, R.N.A., D.N.A., espermatozoides, óvulos y secreciones conservadoras y conductoras.

«POSITIVO», había dicho la computadora, agregando: «POSIBILIDAD DEL CUARENTA Y CINCO POR CIENTO DE DEFICIENTES FÍSICOS Y MENTALES.»

Aquellas anormalidades quedaban al margen de las leyes mendelianas, por lo que cabía deducir que la unión de las dos razas era factible, pero los resultados no serían totalmente óptimos sino todo lo contrario.

Aquellas conclusiones la inquietaron y estaba ansiosapor proporcionárselas a Ian Thor que había partido de madrugada hacia el autódromo de Zeusilia.

Aquél era el día de la gran carrera de bólidos a la que el mayor Thor había sido invitado a participar con su deportivo de oro.

Estaba en el autódromo, repasando sus curvas y desniveles, su asfalto. Probaba el circuito aunque no al máximo rendimiento, pues se sabía observado por los zeusianos que serían sus contrincantes, en especial el mayor Koteg, el hijo del mariscal Nakong del que éste se sentía tan orgulloso.

Irina ocupó el lujoso automóvil que la embajada había puesto a su disposición y se dirigió al autódromo, situado al sur de la ciudad.

Aquel automóvil era fácil de conducir para una persona como ella, que había sido puesta al corriente del manejo de aquellos arcaicos vehículos con unas cuantas lecciones.

Las vías de circulación iban cargadas de tráfico. Se vio rodeada de zeusianos y no pudo evitar que le rascaran el coche en dos ocasiones y que encima le gritaran como si ella tuviera la culpa.

Se armó de paciencia y prefirió aguantar. Era miembro de una embajada diplomática y no debía buscarse problemas callejeros.

Al acercarse al autódromo pudo comprobar la gran afición de los zeusianos hacia el deporte de los bólidos rodantes.

Varios cientos de miles de ciudadanos habían acudido allí para presenciar la competición en aquel bonito autódromo ubicado entre colinas acordonadas por un grueso y alto muro.

Los espectadores sólo podían situarse en los lugares ya previstos para ello.

Si el circuito era bonito de aspecto, no lo era menos de criminal para los competidores si se lanzaban a fondo.

Había una pared casi vertical que sólo podía rebasarse si se rodaba por encima de las trescientas millas por hora; de Jo contrario, los bólidos descendían y corrían el riesgo de ir a parar a las alambradas de protección.

Los espectadores estaban separados del circuito por altas vallas de espesa y resistente tela metálica. Algunos de los zeusianos que estaban pegados a las barreras metálicas metían sus grandes colmillos entre las mallas, colgándose de ellas. En su nerviosismo, las mascaban, produciendo extraños y desagradables gruñidos.

Allí, tras las mallas, los zeusianos adquirían su aspecto más feroz.

Las fuerzas antidisturbios estaban preparadas con sus cañones de agua «Gom», un agua que llevaba en disolución una especie de goma que, al evaporarse el agua, pegaba el pelaje de los zeusianos y al propio tiempo les producía inaguantables escozores.

La única forma de escapar a ellos, tras ser alcanzados por los cañones

de agua «Gom», era meterse rápidamente bajo una ducha y lavarse con abundante agua limpia.

Aquella masa de zeusianos aumentaban el color morado-violeta del ambiente: Vello, pupilas, cielo y el bólido del mayor Koteg que también tenía el color de Zeus, que era el morado.

Con su pase especial, Irina Tavienevna pudo dejar su automóvil en el aparcamiento. Después, se introdujo en el recinto dirigiéndose a *boxes* por debajo de las tribunas de meta.

En *boxes* encontró a Thor fumando un cigarrillo.

—¡Ian, Ian! —le llamó, abriéndose paso entre el bullicioso mundo de los zeusianos.

Todos ellos hacían ronronear sus motores para mantenerlos tranquilos; sólo el deportivo de oro estaba detenido.

—Hola, Irina. ¿No vas a la tribuna?

—No, prefiero estar aquí.

—Gracias. La verdad es que no sé si podré fiarme de los que me repondrán el combustible.

—¿No tienes mecánicos?

—No, esperemosque no surjan averías.

—Es una locura, ¿no?

—No. —Sonrió y tomándola por el mentón, le dio unbeso suave en los labios—. Este cacharro aguantará, los materiales son especiales. Ellos también usan materiales especiales que n se emplean en los automóviles de serie, sólo que el mío no podrá utilizar recambios en esta carrera. Si va muy mal, abandonaré por avería técnica.

—No te arriesgues demasiado, Ian. Ya sabes que los zeusianos son muy feroces, están un poco salvajes todavía.

—Procuraré no dejar la piel en el circuito.

No tardó en sonar un silbato. Thor dijo:

—Tengo que ir a la parrilla de salida. Esperemos que el mariscal Nakong quede satisfecho de que yo me juegue el pellejo en este

circuito.

—Quedará satisfecho si su hijo Koteg te gana. Será como una victoria de los zeusianos sobre los terrícolas.

Antes de que Thor se introdujera en el bólido de oro, fue Irina quien se colgó de su cuello y le besó en la beca.

—Por favor, Ian, no te arriesgues. Tengo la impresión de que al mariscal le gustaría que su hijo te matase y si el mayor Koteg se ha dado cuenta de ese deseo, tratará de complacerlo.

—No es tan fácil matarme, Irina, no es tan fácil. Sin embargo, si me ocurriera algo, en mi despacho de la embajada encontrarás una *cassette* con información respecto a mi misión en Zeus que deberás entregar al embajador. ¿Comprendido?

—Sí, pero no hagas que tenga que cumplir tus deseos.

El mayor Thor se había metido ya en su deportivo de oro.

Silenciosamente, se dirigió a la parrilla de salida donde los otros bólidos monoplazas participantes producían un ruido infernal al no llevar silenciador.

Ian se ajustó el casco de protección de color azul que pertenecía a su uniforme de combate y en el que estaban las dos cometas que le daban la condición de mayor de las fuerzas astrales de la Confederación Solar.

Ianmiró hacialatribunapresidencial. AllíestabaDalanzaze, aquel anciano sin personalidad, y a su lado el mariscal Nakong.

Justo bajo la tribuna presidencial estaba la de las representaciones extranjeras, ocupada por distintos representantes de sistemas estelares, todos ellos miembros de la Confederación Galáctica.

En un puesto muy principal estaba el embajador Demosthenes y junto a él, el embajador asesor relevado que aún no había emprendido el regreso a la Tierra en la nave Mamut Interstar.

Una sirena demandó la atención total del público que había acudido al autódromo en una cantidad superior al millón de seres, aunque había que tener en cuenta que el circuito tenía algo más de cuatro millas.

Como que los zeusianos habían adoptado muchas de las fórmulas de

trabajar y hacer del sistema terrícola, allí frente a ellos estaba la bandera ajedrezada del jefe de carreras.

Todos la miraban casi obsesivamente. Al fin, cayó y los bólidos se lanzaron hacia delante como fieras salvajes en posdesupresa.

El mayor Koteg, favorito de la prueba, haciendo bramar a su bólido, nada más de salida se puso en cabeza de los dieciséis participantes.

Ian Thor quedó rezagado. Sabía que el mayor peligro, donde eran más frecuentes los accidentes, debía ser en la salida de meta, porque allí estaban apiñados los unos contra los otros.

Fue acelerando despacio, sin prisas. Una carrera de trescientas millas no tenía que ganarse en la salida. Allí era fundamental la resistencia de la máquina.

Los zeusianos se encresparon de entusiasmo al ver a su líder, el mayor Koteg, despegarse del resto de corredores. Él mariscal Nakong sonrió satisfecho en su butaca de la tribuna presidencial mientras, a su lado, el presidente Dalanzaze semicerraba los ojos al tiempo que sus orejas eran bombardeadas por el roncar de los motores.

Thor no tardó en percatarse de que su enemigo principal poseía su propio equipo de pilotos que, aunqueparticipaban en la carrera, lo que hacían era arropar a su jefe.

Tres bólidos se colocaron en paralelo, cerrando el paso al terrícola. Así, reduciendo la marcha, los tres coches conseguían que Thor perdiera terreno mientras Koteg lo iba ganando.

Ian comenzó a fastidiarse al verse frenado de forma tan sucia por quienes se suponía debían competir y no entorpecer a uno de los participantes para que se luciera su jefe de equipo.

La pista se estaba inclinando porque llegaban a la pared que obligaba a los pilotos a tomarla a altas velocidades.

Thor tuvo la impresión de que a los pilotos que le precedían les importaba muy poco quedar atrapados contra las alambradas con tal de que al terrícola le sucediera lo mismo. Iba a quedar en un cepo y fuera de carrera a la primera vuelta.

La situación era apurada para el único extranjero que competía entre los zeusianos.

Thor fue colocándose a la derecha de la pista, la parte más difícil, y comenzó a forzar la velocidad hasta tocar con su parachoques el bólido que le había cerrado el paso al observar su maniobra por los espejos retrovisores.

Mas, la velocidad no era suficiente para mantenerse en lo alto de la pared que cada vez se hacía más vertical.

El coche que cerraba el paso a Thor comenzó a notar que su situación se hacía cada vez más difícil y se fue despegando del margen izquierdo.

El piloto maniobró heroicamente para seguir en su puesto, pero el vehículo perdió su centro de gravedad, lo que no le sucedió a Thor que manipuló con la palanca que accionaba la barra estabilizadora, situada bajo el automóvil a todo lo largo del mismo.

Situó la barra estabilizadora casi pegada a las ruedas de la izquierda mientras aumentaba la velocidad cuando el piloto que iba delante suyo, por no alcanzar la velocidad necesaria para superar aquel tramo criminal del circuito, perdió la estabilidad y volcó sobre sí mismo,rodando de costado hasta golpear contra las alambradas.

Tras una explosión, se incendió. Sus llamas alcanzaron a otro de los participantes que había tomado la pared por su parte baja.

El segundo bólido incendiado siguió adelante, cruzando toda la pared como los demás, pero al final de la misma, el piloto, metido en una hoguera rodante, perdió el control y salió del circuito por una zona libre. Ya sobre la hierba, estalló antes de que los servicios de seguridad pudieran prestarle ayuda.

Libre de quienes le cerraban el paso, pues los otros dos bólidos habían tomado la pared más centrados, Thor los rebasó limpiamente, superada ya toda la pared.

Mas, aquella encerrona no iba a ser la única con la que se encontraría Ian Thor en aquella carrera infernal.

Fue ganando puestos, recuperando el tiempo perdido.

Koteg lo vio aparecer en su espejo retrovisor y aceleró. Seguía teniéndolo tras de sí cuando tomaron por segunda vez lo más difícil de la carrera: la pared donde la pista quedaba vertical y para vencer la fuerza de la gravedad era precisa mucha fuerza, velocidad y habilidad en el volante. Sólo los grandes bólidos podían superarla.

Irina Tavienevna, que había visto las humaredas de los incendios a lo lejos, mordía un pañuelo, nerviosa.

Se tranquilizó cuando vio aparecer ante ella el dorado automóvil de Thor persiguiendo al bólido de Koteg que, sin duda alguna, había sido construido por ingenieros zeusianos muy preparados, porque con él se obtenía el máximo rendimiento.

Tenía veinte cilindros y, básicamente, más caballos de fuerza de los que poseía el coche de Thor.

—Doctora Tavienevna, doctora Tavienevna. -

Irina se volvió hacia el zeusiano que vestía el uniforme de los vigilantes del autódromo.

—¿Qué sucede?

El zeusiano, con las manos tocando el suelo, respondió:

—El embajador Demosthenes requiere su presencia.

—¿El embajador?

—Sí, doctora. Pide que se presente de inmediato.

Nerviosa, la muchacha lanzó una mirada hacia la pista del autódromo. Quería volver a ver a Thor. La carrera estaba resultando tan infernal como temiera.

En aquellos momentos, ya cuatro bólidos habían quedado fuera de pista, con tres muertos.

Con los nervios dentro de su hermoso cuerpo, siguió al vigilante que la condujo por unos túneles hasta detenerse ante una puerta. .

—Aquí es, doctora Tavienevna.

La propia Irina, ansiosa por terminar cuanto antes la entrevista urgente con el embajador y poder regresar a *boxes* para seguir vigilando la carrera, aunque ella nada podía hacer para ayudar a Ian Thor, empujó la puerta.

En la salita se encontró con varios zeusianos. Irina miró en derredor, buscando la figura de Demosthenes.

—¿Dónde está el embajador?

—Ya no lo verá más, doctora Tavienevna, ya no lo verá más —le dijo uno de aquellos zeusianos que llevaban el uniforme de las fuerzas de seguridad, en color negro.

—Usted es el hijo del mariscal.

—Sí, doctora, yo soy Nacieng y mi hermano está venciendo al terrícola del bólido de oro.

—¿Para qué me han llamado?

La puerta se cerró tras ella. Nacieng sonrió entre su peligrosa dentadura.

La joven se lanzó hacia la puerta, agarrando la manecilla, pero tres zeusianos la sujetaron con sus manos y largos brazos.

—Lo siento, terrícola, son órdenes de mi padre.

—¡Suéltenme, me quejaré, me quejaré!

—No podrá hacerlo, ya le he dicho que no volverá a ver nunca más al embajador. Son órdenes de mi padre, el mariscal.

Irina gritó, pero los rugidos del autódromo absorbieron sus gritos de auxilio mientras le aplicaban una mascarilla de cuero llena de algodón empapado en narcótico.

Pese a que sacudió la cabeza, no logró escapar al narcótico que la dejó inconsciente.

Se abrió un baúl preparado de antemano y fue colocada en su interior. El propio capitán Nacieng lo cerró con llave, asegurándose. Después, indicó a sus secuaces:

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer con este encargo.

Los agentes uniformados y cargados con metralletas, asintieron con la cabeza.

Las millas fueron siendo devoradas y los participantes mermando en la competición, sufriendo choques violentísimos dentro de aquella encerrona que era el circuito aparentemente bonito.

Faltaban tres vueltas para completar las trescientas millas cuando, pese a las artimañas de los hombres de Koteg, se entabló una lucha feroz entre Ian Thor y el hijo del mariscal.

Quedó evidente la gran potencia del bólido morado; sin embargo, Thor estaba materialmente pegado a él.

Thor estaba harto de que le cerraran el paso cada vez que intentaba rebasarlo". Entonces se dio cuenta de que en los ejes de las ruedas, Koteg llevaba unos salientes con puntas de diamantes que semejaban un adorno pero que no eran tal, sino unas perforadoras muy eficaces que podían reventar cualquier neumático que se les aproximara. Por ello, Koteg conducía muy seguro de sí mismo al acercársele otro al costado.

Thor consiguió rebasar la mitad del coche morado a la entrada de la pared vertical. Lo hizo por el lado inferior de. la pared.

Los diamantes, girando a gran velocidad, erosionaron parte de la plancha del bólido dorado, pero cuando buscaban sus ruedas, Thor dio un acelerón fortísimo, haciendo brincar a su deportivo que se lanzó hacia delante.

Koteg quiso alcanzarle y giró bruscamente el volante. Al no encontrar a Thor a su lado, su bólido, lanzado a vertiginosa velocidad, no pudo ser controlado en la pared.

Ante la mirada de decenas de miles de personas, fuea estrellarse contra la alambrada metálica que se llevó por delante. Aprisionó bajo ella a unas docenas de zeusianos espectadores, descabezó a otros con el giro de las ruedas y se estrelló contra unos asientos de hormigón. Al fin, estalló.

Sonaron los silbatos, reinó la confusión. Zeusianos achicharrados o mutilados gritaban mientras un cuerpo carbonizado quedaba entre unos hierros retorcidos. Koteg no había podido entregar el triunfo de aquella competición a su padre.

Ian Thor, tranquilamente, pues allí no se suspendía la carrera por ninguna causa, entró en la meta.

Los zeusianos recibieron su triunfo con un impresionante silencio cargado de odio. Thor lo comprendió, porque aquellos seres no competían por deportividad, sino por otros instintos más bajos; por ello se empleaban todas las argucias y artimañas para poder ganar, sin importar matar al compañero.

Cuando subió al podio para recibir la corona de laurel, buscó a Irina con la mirada. No la vio por parte alguna y aquello empañó su triunfo.

CAPITULO X

Irina veía a los bólidos, lanzados a velocidades aterradoras.

Pasó el coche de oro de Ian Thor y se detuvo para recogerla; Irina se acomodó junto a él.

Atravesaron una barrera de fuego que semejaba una cortina de sangre y al otro lado salieron volando, como si en vez de un arcaico bólido de motor de explosión hubieran subido a un heliauto cómodo y confortable, de fácil maniobra que dejaba ridículo y torpe al clásico helicóptero.

Ascendieron hacia el cielo que dejó de ser morado para pasar a ser azul.

De pronto, escuchó risitas contenidas. Abrió los ojos y en el lecho donde yacía, se vio rodeada por un nutrido grupo de chicas terrícolas como ella. Irina se frotó los ojos y las muchachas volvieron a reír.

—Vosotras, vosotras sois las niñas del Sequoias College, ¿verdad?

—Éramos —respondió una de ellas, conteniendo la risa.

Irina reparó entonces en que las chicas, todas ellas adolescentes, a punto de entrar en la fase de mujer completa, apenas vestían unos collarines hechos con cuentas de oro y pedrería fina que cubría algo su seno, poco desarrollado aún.

Las muchachas no sentían ninguna inhibición porque a lo largo de los años se habían acostumbrado avestir de aquella forma, pues llevaban también una especie de micro panties del áureo metal y pedrería.

—¡Thor, Thor, tú tenías razón!

En aquel momento sonaron unas palmadas y, entre risas, las chicas terrícolas, todas ellas muy bellas y vistosas, inteligentes y perfectas, salieron corriendo hacia una amplia puerta que ofrecía sus dos hojas abiertas de par en par.

—¡Esperad, esperad! —les gritó Irina corriendo tras ellas.

Salió por la puerta, quedando en una amplia terraza que dominaba unos espléndidos jardines de estilo francés. Hasta en aquello habían

copiado los zeusianos el arte de los terrícolas, pues carecían en gran parte de su inteligencia y sentido artístico por faltarles todavía milenios de evolución, una evolución -que ahora, tecnológicamente les quedaba forzada.

La gran terraza tenía una escalinata doble que descendía a los jardines por los que se habían desparramado las muchachas, corriendo hacia un lago donde se zambulleron, salpicándose de agua unas a otras.

Parecían contentas, quizá porque aún ignoraban el destino que las aguardaba.

Quien había hecho las palmadas era una zeusina celadora que había entrado en la amplia estancia donde despertara Irina Tavienevna.

Se disponía a descender por las escaleras cuando una voz la detuvo.

—No .corras tras ellas, terrícola. Tendrás todo el tiempo que quieras para hablarles.

Aun hallándose de espaldas a quien acababa de interpelarla, reconociósuvozde inmediato.

—¡Mariscal Nakong! —Lo atravesó con su mirada, furiosa y fría a la vez.

—¿Te encuentras bien, terrícola? O mejor te llamo Irina, es un bonito nombre, tan hermoso como este lugar, ¿verdad?

—Es usted un cínico, mariscal. Lo que ha hecho conmigo le va a costar muy caro.

—¿Caro? Pareces olvidar que estás en Zeus y no en tu planeta. Aquí, la autoridad soy yo.

—¡Me encontrarán y descubrirán el rapto de esas chicas!

—Yo no las he raptado, simplemente las compré por un alto precio.

—¿Las compró?

—Sí, a un terrícola, y pagué muy caro por ellas. También los terrícolas tenéis traidores entre vosotros. ¿Cómo llamáis a los que venden a un semejante por un puñado de monedas?

—Judas.

—Ya, Judas. Pagué muy caro pero las conseguí. Las compré de niñas y con la certeza de que eran perfectas y altamente inteligentes. Como tú, Irina, lo que pasa es que para que algunas de ellas estén en su punto justo, todavía les falta un año cuando menos y a otras dos o tres. Todo se hará a su tiempo.

—¿Qué aberraciones bullen en su cabeza, mariscal?

—¿Aberraciones? —Serió con fuerza y acercándose a la baranda de piedra, se acodó en ella mirando a las chicas que chapoteaban en el agua—. Yo sé esperar, hace años que espero, pero todo llegará.

—¡No lo conseguirá, lo descubrirán antes!

—Tonterías. Hace años que las tengo en este lugar para que nadie las descubra. Con ellas comenzaré la mutación de la raza zeusiana para evolucionarla rápidamente y que no quede como niños casi idiotas al lado de los terrícolas.

—No son niños ni idiotas, simplemente les llevamos un adelanto de tiempo de evolución. Nadie es culpable de esa situación.

—Es humillante.

—Tonterías. Nadie les humilla, todo lo contrario. Se les tiende la mano para que su evolución se más rápida y se libren de muchas guerras lógicas que los demás hemos tenido que soportar. Todos los miembros de la Confederación Galáctica no estamos al mismo nivel de evolución, es un hecho aceptado por todos.

—Esa diferencia debe terminar. Yo crearé una nueva y selecta raza de zeusianos.

—Y con los otros millones de zeusianos, ¿qué ocurrirá?

—Serán los servidores.

—Eso es una monstruosidad. Es como invadir su planeta desde dentro, creando una nueva raza que los sojuzgue.

—Yo seré el padre de esa raza, yo, el gran mariscal Nakong. Seré como un dios para la nueva raza de zeusianos.

Los ojos de Nakong brillaban cuando explicaba sus planes, parecía transformado. No se podía razonar con él, pero Irina lo intentó.

—He comprobado los posibles resultados de este cruce de razas y hay

un elevado tanto por ciento de posibilidades de que se produzcan anormalidades físicas y psíquicas congénitas. Los resultados son muy dudosos.

—No sigas, Irina. No me harás cambiar de opinión, aunque es lógico que trates de desanimarme. Aquí tengo a mis hembras terrícolas para comenzar la gran transformación, el nacimiento de la nueva raza, y nadie lo impedirá.

—¡Lo impedirán, lo impedirán! —clamó la joven.

Nakong la miró con fijeza, con deseo y burla a un tiempo.

—¿Quién lo va a impedir, tu terrícola el mayor Thor?

—Sí, él es muy listo y os encontrará.

—Debo admitir que sí es listo. Ganó las trescientas millas.

—¿Ganó él?

—Sí, él se llevó el honor y el premio y mató a mi hijo Koteg.

Irina se estremeció. El mariscal había dejado de sonreír.

—¿Dice que murió su hijo Koteg?

—Sí, murió estrellado contra el público y no puedo culpar al mayor Thor de su muerte, pero pagará por ella, en alguna forma pagará. Por ejemplo, le dolerá mucho cuando se entere de que tú eres una de las hembras de mi harén, cuando pueda mostrarle la fotografíade uno de los hijos que tú me des, porque por razón de edad, tú vas a ser mi primera esposa para crear la nueva raza zeusiana, la raza evolucionada, la raza inteligente.

Ante aquellas palabras que marcaban su destino, Irina se estremeció y retrocedió un par de pasos. Sentía miedo, un miedo frío y espantoso. Se veía débil e impotente ante aquel zeusiano corpulento y fornido, con el poder físico de dos o tres terrícolas. Un ser gorilesco y primitivo, armado de feroz dentadura y abundante vello simiesco color morado por todo el cuerpo.

—¡No, no, me buscarán, me buscarán hasta encontrarme!

—No te encontrarán, todo está previsto.

—¡Sí, sí me -encontrarán, notaran mi ausencia, me estarán buscando

ya!

—Ya han encontrado tu coche estrellado en el fondo de un acantilado. Los accidentes de tráfico son muy frecuentes en Zeus.

—¡Buscarán mi cuerpo!

El mariscal sonrió sarcástico.

—La embajada ya ha sido informada de que el lugar donde ha sido hallado el automóvil está minado de escualos.Tiburoneslesllamanentuplaneta,¿verdad?

—¿Tiburones?

—Sí, de enormes mandíbulas. Se comen hasta las ruedas de los coches.

—¡No puedo creer que no me busquen!

—Pues así es. Todos estamos expuestos a sufrir un accidente.

—¡Ha de aparecer el crédito! —insistió.

—Los escualos, Irina, los escualos... Es mejor que tomes las cosas como son inevitablemente para ti.

—¡Nunca seré utilizada para una monstruosidad como la que pretende!

—Es lógico que grites, estás recién casada y traída a mi harén de terrícolas. Esto es como un monasterio en Zeus, lo era hace siglos. Lo tomé para mí y mandé que lo restauraran. Aquí nacerá toda la nueva raza zeusiana. Tú serás como ella, pero la primera.

—¡No lo conseguirá! —exclamó desafiante, con bravura, dispuesta a todo.

Mas, Nakong no parecía tener prisa.

—¿Cómo vas a impedirlo? Para mí eres una cosa hermosa e inteligente, pero muy débil y frágil.

—¡Escaparé!

—Imposible. Estás en un valle encerrado dentro de un macizo montañoso con grandes precipicios helados, éste es uno de los lugares más elevados del planeta. La barrera de montañas sólo es franqueable

una semana o dos al año, nada más. Aquí se llega por el aire y los extranjeros tienen prohibido utilizar vehículos volantes, dejando aparte los utilizados para llegar y partir hacia sus lugares de procedencia.

—¡Encontraré algún medio!

—Será inútil. Lo mejor es que tomes las cosas tal como están, ya te lo he dicho. Puedes convertirte en la favorita de mi harén y hablar a las demás, ellas seguirán tus consejos. En realidad, aún no saben cuál va a ser su destino. Las trajeron cuando eran niñas y aquí se han limitado a gozar de la vida y a aprender parte de vuestra civilización. Están cultivadas y han demostrado todas ellas que son altamente inteligentes. Ninguna profesora de Zeus les puede dar lecciones en las materias que ellas ya han estudiado. Tú puedes prepararlas con tacto para el destino que han de encontrar conmigo.

—¡Jamás!

Una chispa de ferocidad brilló en las pupilas violetas de Nakong, pero Irina no se arredró por ello.

—Lo harás. Sólo necesitas tiempo para acomodarte a la nueva situación; el tiempo es el mejor lenitivo y el más poderoso de los calmantes. Dentro de un mes o dos, ya no habrá rebeldía en ti porque te habrás dado cuenta de que no puedes escapar al destino que te impongo. Y no cometerás la tontería de suicidarte, porque entonces te odiaría y mi odio lo pagarían esas chicas. Puedo torturarlas, puedo hacer que sufran hasta retorcerse de dolor y angustia. Después, cuando me den los frutos que exijo, seguiré martirizándolas, entonces hasta que mueran.

—¡Qué horrible, es un ser monstruoso!

—Puedo serlo si exacerbas mi rencor. Soy muy vengativo y podrás comprobarlo .si me provocas. En cambio, si facilitas las cosas, ellas vivirán bien como hasta ahora. Su futuro será tranquilo, me darán lo que exijo de ellas y seguirán viviendo aquí plácidamente.

A Irina se le había secado la garganta, no veía escapatoria alguna a su situación. Estaba en las manos de aquel ser que la horripilaba y era inútil tratar de luchar físicamente contra él. Lo tenía todo de su parte: la fuerza, el poder y el tiempo.

Nakong dio tres palmadas y apareció una celadora.

—Ahora te vestirás como las otras terrícolas. En realidad, sois como sacerdotisas de mi templo, del santuario del gran Nakong.

La celadora traía consigo aquel juego de prendas hechas con pepitas de oro y pedrería refulgente.

—¡No me pondré eso nunca! —exclamó Irina.

—Demasiada rebeldía, debes aplacar tu rabia, tu ira.

Nakong palmeó de nuevo y aparecieron seis celadoras simiescas y forzudas.

—Puedes escoger entre vestirte tú o que ellas te desnuden y que te vista yo con tus nuevas ropas.

Irina comprendió que no tenía escapatoria, que Nakong cumpliría su amenaza y que en aquel momento sería peor resistirse que ceder. De un tirón, tomó lo que le ofrecían y se retiró tras la puerta, pudorosamente.

Sus ropas cayeron al suelo hasta la última prenda y se colocó aquello que le habían dado y que apenas la ocultaba y mucho menos la protegía. Sin embargo, la hacía más vistosa, atractiva y excitante. Reapareció de nuevo ante la puerta.

—Espléndido, espléndido —aplaudió Nakong—. Eres como una diosa. Yo seré el dios de la nueva raza y tú, la diosa.

Irina se sintió terriblemente desnuda ante los zeusianos. Se vio reflejada en las pupilas del demagógico mariscal que tendió sus largos brazos hacia ella como para atraparla.

La joven saltó hacia las escaleras y descendió los peldaños corriendo.

Desde la balaustrada de piedra, Nakong la vio correr por los jardines y sonrió satisfecho ante la agilidad con que la hembra terrícola corría para reunirse con las demás y luego se lanzaba al lago, zambulléndose en sus aguas.

CAPITULO XI

Ian Thor permanecía sentado en una de las sillas de la más lujosa cafetería del bulevar cuando un camarero le interpeló:

—Mayor Thor, le llaman por teléfono.

Se levantó de mala gana. Había estado a punto de enviarlo todo al diablo; la desaparición y supuesta muerte de Irina Tavienevna le habían impresionado profundamente.

Para él nada significaba ya su triunfo en el autódromo ni su estancia en Zeus. Tenía una misión que cumplir, pero estaba de moral baja. Irina había conseguido acaparar su total atención y enamorarlo, aun sin proponérselo.

Fue hacia la cabina del teléfono. Se abrió una pared lateral y quedó frente a una especie de túnel secreto. En él apareció un zeusiano al que ya conocía.

—Venconmigo,terrícola.Sakiangquierehablarte.

Sin vacilar, importándole muy poco lo que pudiera sucederle, le siguió.

No tardó en encontrarse cara a cara con el cabecilla del movimiento de rebeldía a Nakong.

—Hola, volvemos a vernos. Creí que ya os habíais olvidado de mí —dijo Thor.

—Terrícola nos hiciste el encargo de que averiguáramos dónde están las chicas raptadas en tu planeta.

—Sí —asintió casi distraídamente. En los últimos días, tras la desaparición de Irina, estaba como ausente.

—Las hemos encontrado.

—¿Seguro?

—Sí. Son cincuenta bellas terrícolas que están en un viejo santuario reformado y que Nakong ha habilitado para sí. Una celadora que había sido flagelada logró escapar cruzando la barrera de montañas, lo

que le costó perder una mano y los dos pies al congelarse.

—¿Dónde está ese santuario?

—En un lugar inaccesible en el continente tres, rodeado de escarpadas montañas y en un valle oculto. Sólo se puede ir la mayor parte del año por el aire y no tenemos máquinas voladoras.

—Yo sí tengo una. ¿Tenéis un mapa de ese lugar?

—Sí —dijo Sakiang. Desplegó un mapa ante Thor, colocándolo sobre la mesita—. Es aquí… —señaló con su dedo—. Este macizo montañoso está al borde del océano, en el continente tres.

—Bien. Me llevaré este mapa para computarlo y establecer un plan de ruta. Tú prepara a cincuenta de tus mejores seguidores, dispuestos a todo y que me esperen junto al acantilado.

Miró el mapa, señaló un lugar adecuado en el continente uno y quedaron de acuerdo.

Cayó la tarde.

Ian Thor solicitó una entrevista con el embajador y le contó lo que pensaba hacer. El embajador se asustó, pero sabía que el mayor Thor tenía autonomía total y sólo pudo que estrecharle la mano y desearle:

—Suerte, mayor. Si trae a esas chicas, pediremos explicaciones al mariscal.

Aquella noche, de la panza del Mamut Interstar, salió disimuladamente una nave silenciosa y con completa autonomía y motores nucleares. Era reflexiva a los medios convencionales del radar y poseía gran capacidad de ataque. Era una nave de combate interplanetaria, apta para la navegación aérea y submarina.

La nave se elevó lo suficiente para pasar por encima de las alambradas y se dirigió a las aguas oceánicas. Tras haber dado la clase a la computadora de a bordo, se fue hacia el acantilado donde había citado a los zeusianos rebeldes.

Nakong se retorció de un lado a otro, pero Ian siguió llenándolo de plomo hasta que le vio caer.

La guardia personal del mariscal replicó al ataque. Los seguidores de Sakiang también utilizaron sus armas y se produjo la gran confusión

dentro del santuario.

Nacieng, el hijo del mariscal que yacía sobre el suelo marmóreo, empapado en sangre, tomó una metralleta y apuntó hacia las chicas terrícolas que, asustadas, se habían apiñado unas contra las otras, disponiéndose a eliminarlas.

Cuando Ian intentó disparar su metralleta, comprobó con disgusto que ya no quedaban balas. Tampoco podía emplear las bombas de mano, porque corría el riesgo de que la metralla acabara también con unas cuantas de las chicas.

Sin embargo, tomó una granada y la lanzó contra la cabeza de Nacieng que se -tambaleó y cayó al suelo con el cráneo partido.

—¡Respetad la vida del viejo! —gritó Sakiang.

Los miembros del despótico gobierno de Nakong fueron exterminados, lo mismo que su guardia personal, aunque aquello costó varias de las vidas de los atacantes.

Irina se colgó del cuello de Thor, sollozando.

—Ian, Ian, creí que todo estaba perdido para mí, me amenazaba con torturarlas a ellas. Ese monstruo me raptó.

—Tranquila, todo ha pasado ya.

Dalanzaze fue sacado del interior del templo. Thor preparó una de sus granadas color rojo y ordenó:

—¡Todos fuera, todos fuera!

Salieron del santuario apresuradamente. Thor lanzó la granada nuclear contra la figura de oro que representaba a Nakong y se produjo la explosión.

La onda térmica fundió el oro y la expansiva hizo el resto. El gran santuario se vino abajo, convertido en un montón de ruinas que sepultaron a Nakong y a sus secuaces.

Ya de nuevo en los jardines, disparando contra otrosvigilantes que iban apareciendo entre los árbolesllegaron junto a la nave de combate.

—No sé si cabremos todos, pero habrá que apretarse un poco —dijo Ian, y todos subieron a la nave Las cincuenta chicas estaban vivas, pero muy asustadas. Más tarde, Irina les explicaría todo lo ocurrido y

para qué habían sido destinadas por Nakong.

La nave de combate se elevó en el aire. Dio una vuelta en círculo y dejó caer una bomba de gran poder térmico que dejó todo el valle reducido a cenizas. Tardaría unos cuantos años en restablecerse de nuevo la vida allí. Después, remontaron las montañas v regresaron a Zeusilia.

EPILOGO

No se efectuó ninguna comunicación oficial sobre la recuperación de las muchachas terrícolas. Todo quedó como un golpe de estado interno. Los zeusianos de la oposición habían terminado con su opresor y el presidente Dalanzaze dimitió públicamente.

Pronto se celebrarían nuevas elecciones para encontrar un gobierno normal. Nakong pasaría al olvido como una pesadilla sufrida por el planeta Zeus.

La gigantesca y majestuosa Mamut Interstar remontó el vuelo con su

carga humana.

Las muchachas terrícolas regresaban a la Tierra, donde fueran secuestradas y canallescamente vendidas como esclavas.

Dentro de la nave, terminada su misión en Zeus, también regresaba Ian Thor y junto a él, la doctora Tavienevna que había solicitado volver a la Tierra, y se le había concedido especialmente porque Thor se había interesado en ello v, no podía por menos, puesto que ambos acababan de formar una pareja legal.

Se apresuraron a introducirse en su cabina doble mientras la Mamut Interstar orbitaba Zeus y luego salía de la órbita.

Comenzó a desintegrarse en neutrinos para viajar a altísimas velocidades de regreso al Sistema Solar, cuando dentro de su cabina, la pareja de jóvenes y fuertes terrícolas gozaban de su amor.

FIN